

BOLSILIBROS BULGHERA

PUNTO

ROJO

DOLARES ROJOS

Albert Rosbund

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



ALBERT ROSBUND

DOLARES ROJOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 870
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 34.522 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1978

© Albert Rosbund - 1978
texto

© Three Lions - 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

415 — Joyas y pistolas.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

349 — Cabalgada hacia la paz.

En Colección PUNTO ROJO:

836 — Hombre en la trampa.

En Colección SERVICIO SECRETO.

1.471 — Chinatown 77

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

¿Conocen ustedes el truco de los homosexuales?

¿No?

Entonces, sigan leyendo.

Cualquiera puede salir un domingo por la tarde dispuesto a dar un paseo por el parque.

Está solo y aburrido, y ha decidido estirar las piernas, tomar unas copas... e intentar un «ligue», ¿por qué no?

Y en un momento determinado ve a la chica.

Ella es rubia, alta, joven, atractiva a rabiar, de escultural anatomía, resaltada al máximo por sus ceñidas ropas. Los dos se miran. «Éste me va», se dice ella. «Ésta me va», se dice él. Y se vuelven a mirar. Esto puede suceder delante de un kiosco de bebidas, de un banco, de una noria, o de una jaula de graciosos chimpancés.

Puede que a ella se le tuerza un tobillo, o se le caiga el bolso, o tropiece con él, o... O a veces no hace falta nada de eso. A veces con la mirada de ella ya basta. El acude atraído por aquella hermosa hembra, sobre todo si se trata de un tipo solitario, con hambre de mujer. El «ligue» se le presenta de inmediato fácil. La conversación brota al momento, y en las ocasiones que él es retraído; es ella la que se hace con el mando de la cháchara. Van a tomar unas copas juntos, e incluso se entretienen bailando en una *boîte*. Surgen los primeros escarceos amorios, el alcohol ayuda y ella también. ¿Por qué no irse a la cama juntos esa noche? Claro, ¿por qué no? «Vamos a mi apartamento», dice él. «No, vamos al mío», sonrío ella. ¿Qué va a negarle a aquella sonrisa que promete mil cosas maravillosas?

Llegan al apartamento de ella. Nuevas copas en el *living-room*. Luego, al dormitorio. La rubia se desnuda, él también. Retozan en la cama.

Y cuando él ya se encuentra en forma, por la puerta aparecen dos tipos en pelota viva. Dos tipos que no pueden negar lo que son. Homosexuales.

Ella salta de la cama, escapando de los brazos de él. «¡Ahí lo tenéis!», exclama, y sale del dormitorio con sus ropas, recoge el dinero que le han dejado en la cocina, donde se habían escondido, y se larga.

De lo que le ocurre al pobre ingenuo a partir de entonces creo que no vale la pena hablar.

Apuesto a que de ahora en adelante mirará muy mucho eso de salir con una desconocida y demasiado amable rubia de curvas mareantes[1].

Con Peter McIntosh sucedió algo parecido. Al menos en su primera parte.

Peter McIntosh era un joven de veinticinco años, alto, no muy corpulento, de piel bronceada, con cierto atractivo varonil. Vivía en Milwaukee, en un edificio de apartamentos de la North 33rd Street, y su única familia la componían unos tíos, del lado materno, a los que solía ver de vez en cuando.

Su profesión era la de cajero de banco. Trabajaba en el «Hunter Bank», sito en West Kilbourn Avenue, entre la North 32nd Street y la North 31 st Street, cerca del Concordia College. Se trataba de un banco no muy grande, con cierta importancia, buena clientela y una larga experiencia refrendada por los casi cien años de existencia.

Peter McIntosh había entrado en el banco siendo un crío, como botones. Y gracias a su inteligencia, a su entrega y a su afán de superarse día a día, ampliando estudios por su cuenta, había conseguido al cabo del tiempo el puesto que en la actualidad desempeñaba.

No podía quejarse de su suerte. Ocupaba un buen cargo, el sueldo no era malo, el ambiente que se respiraba en el banco era francamente amigable —el director, mister Kaplan, era una agradable persona, atenta y sociable—, poseía una total independencia fuera de las horas de trabajo, era propietario de un apartamento y de una potente moto «Honda» de

250 cc,

con la que gustaba de hacer pequeñas excursiones a Port

Washington, Madison, o al mismísimo Chicago, en el vecino estado de Illinois. Sí, no podía quejarse de su suerte.

Eso era precisamente lo que pensaba mientras paseaba por Juneau Park, con el azul del Lake Michigan frente a él. Era domingo por la tarde y el tiempo había mejorado algo. Al menos, ya no llovía. Había planeado pasar el fin de semana fuera de la ciudad, pero unas fuertes tormentas que comenzaron el viernes por la noche le hicieron cambiar de opinión. Llovió todo el sábado, y ahora ya se veían algunos claros en el cielo.

El fin de semana lo pasó prácticamente metido en casa, leyendo y escuchando música. Ni siquiera se había molestado en telefonar a Doris Farrow porque nunca contaba con ella para los fines de semana, únicas fechas en las que su marido se encontraba en casa.

Llevaba puesta una cazadora, la cremallera subida hasta el cuello y las manos embutidas en los bolsillos, porque hacía un ligero frío. Caminaba despacio, distraído, silbando una tonadilla alegre. Había salido a pasear para desentumecer un poco los músculos y para respirar aire puro. Era agradable ese olor a tierra mojada que queda después de las lluvias.

Y de pronto la vio.

Sucedió cerca del «Milwaukee War Memorial». Ella era rubia y alta. Frisaría la edad de él, y su cuerpo había sido dotado generosamente por la madre Naturaleza. Sus miradas se encontraron. Tenía los ojos verdes, chispeantes, muy bonitos.

Peter McIntosh pensó que ella estaba sola y que él también. Pensó que tal vez pudieran hacerse compañía mutuamente durante las próximas horas.

Ella sólo pensó que él era el hombre que le interesaba y que debía atraérselo como fuera.

No hizo falta que la chica recurriera a ningún truquito. Peter McIntosh avanzó decidido hacia ella, salvando las escasas yardas que les separaban.

—Hola —saludó él con una sonrisa.

—Hola —correspondió ella, humedeciéndose intencionadamente los labios.

—¿Esperas a alguien?

—No.

—Yo tampoco. ¿Te apetece tomar algo?

—Bueno.

—¿Vamos?

Al principio, sólo se limitó a pronunciar escuetas palabras, mostrándose indiferente, pero a pesar de esto fue con él.

Luego, cuando estuvieron sentados frente a frente, con una pequeña mesa entre ambos, sobre la que descansaban dos vasos cilíndricos con un líquido ambarino, en la terracita de un bar, la conversación comenzó a animarse. Ella se llamaba Debra Wayne y...

—... Y trabajo como mecanógrafa en la «Júpiter Motors Company». Es un empleo bien remunerado, pero muy monótono y aburrido. Y además está el sonsonete continuo de las máquinas de escribir, porque somos cuatro chicas encerradas en una sala, dale que dale. ¡Uf, horrible, chico! Pero eso sí, el sueldo es bueno, ya te digo... ¿Tú qué haces?

—Soy cajero de un banco.

—¡Oh! ¡Por tus manos pasarán miles y miles de dólares!

—Sí. Pero lo malo es que van a parar a otras manos y no a mi cuenta corriente.

Los dos se echaron a reír.

Peter McIntosh pagó las consumiciones y luego caminaron por la East Wisconsin Avenue, dejando a sus espaldas el Lake Michigan.

—No hace una tarde muy agradable para pasear, ¿verdad? —comentó ella, envuelta en su ceñida gabardina.

El se encogió de hombros.

—Yo había salido dispuesta a meterme en un cine...

—¿Quieres que vayamos a uno? ¿Sabes de alguna buena película?

—He pensado algo mejor.

—¿Qué?

Se hallaban en esos momentos en el cruce con la North Milwaukee Street. Ella respondió:

—Como tú me has invitado, ahora me toca corresponder a mí. ¿Te apetece venir a mi apartamento? Tú no has probado los cócteles que yo preparo...

Los dos se quedaron mirando. Ella sonrió. Y él cabeceó diciendo:

—De acuerdo. ¿Vives muy lejos?

—En West Florida Street. Podemos coger el autobús.

Ya en el apartamento, mientras él, acomodado en el *living*, lo curioseaba con la mirada, ella preparaba rápidamente los cócteles de los cuales no había cesado de hablarle durante el trayecto en autobús.

Bebieron, charlaron y rieron. El comenzó a mostrarse atrevido y ella correspondió a sus caricias. Al cabo del rato emprendieron el camino del dormitorio.

—Me gustas —dijo él, mientras la besaba con ardor y la penetraba con suavidad.

—Y tú también a mí, Peter —susurró ella al tiempo que sus piernas se aferraban a las caderas de él.

Lo malo fue que, conforme Peter McIntosh inició el ritmo, en vez de ir hacia el orgasmo, se encaminó hacia un profundo atontamiento, hasta que al final no sintió absolutamente nada, quedando completamente inerte sobre ella, sumido en el mundo de los sueños.

Mientras la rubia lo apartaba cuidadosamente, apareció en el dormitorio un tipo joven, moreno y corpulento, de rostro granujiento. Iba en pelota viva, sí.

Pero a diferencia del truco habitual de los homosexuales, la chica no se largó del apartamento; hizo acto de presencia un nuevo joven, éste vestido y llevando unos aparatos fotográficos... y por supuesto Peter McIntosh no se encontraba en forma, sino todo lo contrario. Estaba narcotizado.

CAPÍTULO II

—Te encuentro preocupado —observó ella desde la cama—. Distante, diría yo.

El la miró fijamente mientras se abotonaba la camisa. Doris Farrow era una trigueña de muy buen ver. Confesaba tener treinta años, puede que tuviera realmente un par más, pero, desde luego, no los aparentaba. Poseía un rostro bello y sensual, y un cuerpo excelentemente modelado, como el de una diosa griega.

—¿Ocurre algo? —insistió ella al ver que él no respondía. En esos momentos se ajustaba el cinturón de los pantalones.

Vaya si estaba preocupado. Vaya si ocurría algo. Desde el domingo por la tarde tenía el presentimiento de que algo extraño y sorprendente le iba a ocurrir en las próximas horas o días, pero aún no sabía qué. Y todo por culpa de aquella chica rubia llamada Debra Wayne que se había cruzado en su camino...

—El trabajo... —murmuró.

—¿Qué?

—El trabajo. Tengo mucho trabajo.

Y se alejó hacia el cuarto de baño. Procedió a peinarse delante del espejo, utilizando el peine de Christopher Farrow, tras haberlo limpiado cuidadosamente ayudado de un trozo de papel higiénico.

Había despertado a medianoche y no la había encontrado por ningún lado. En el apartamento no había nadie, a excepción de él. Lo revisó un par de veces y nada. Absolutamente nada. Ni siquiera ropas, papeles, objetos personales... Decidió esperar un rato fumando un cigarrillo, mientras trataba de recordar qué había sucedido entre ella y él, pero la espera resultó vana. Ni ella apareció, ni él consiguió recordar más allá de cuando ellos dos se fueron a la cama. Al final decidió vestirse y retornar a casa. Sabía el nombre de la chica, sabía dónde vivía; bien, ya hablaría con ella. Cuando ya iba a cerrar la puerta del apartamento, se acordó del

teléfono. Retornó al interior y tomó nota del número.

Al día siguiente por la mañana, lunes, nada más levantarse cogió el teléfono y la llamó. El aparato sonó y sonó hasta que él se cansó y coleó. Tal vez ya se hubiera ido al trabajo...

Durante el almuerzo, en el banco, tomó la guía telefónica y se entretuvo en buscar la «Júpiter Motors Company». La encontró y llamó. Y qué sorpresa se llevó cuando supo que allí no trabajaba ninguna chica llamada Debra Wayne. El resto del horario de trabajo lo pasó meditabundo, nervioso, y más de un cliente le llamó la atención al cometer equivocaciones.

Volvió a limpiar el peine y lo depositó en su lugar. Se miró al espejo detenidamente. No tenía el semblante de otros días, desde luego. No le extrañaba haber llamado la atención de Doris también.

Cuando regresó al dormitorio la encontró boca abajo sobre la cama, con su larga y sedosa melena trigueña cubriéndole buena parte de la espalda.

—Peter —llamó ella sin mirarle, sin moverse, mientras él se colocaba la chaqueta.

—¿Qué?

—Ven, cariño.

Fue, tomando asiento en la cama. Ella miraba hacia el otro lado. No se molestó en girar su cabeza cuando hizo la pregunta:

—¿Ya te has cansado de Peter?

—Oye, pero...

—Contéstame.

—¡Claro que no!

—¿Seguro?

—¡Seguro!

Y para reafirmar sus palabras, extendió una mano y acarició sus cabellos y su espalda.

¿Por qué iba a cansarse de ella? La unión entre ella y él, ambos sabían bien lo que era: una unión sexual. Sólo eso. Había conocido a Doris Farrow en un mal momento de su vida, tras haber roto definitivamente con su novia. Ambos habían coincidido en multitud de ocasiones en el supermercado de la esquina, pues vivían muy cerca el uno del otro, y al final él se decidió a abordarla. Era mayor que él, evidentemente, pero eso no le importó. Doris era complaciente y él quería olvidar a Betty. Luego, más tarde, se

enteró de la verdad: ella era casada. Intentó alejarse de ella, pero Doris lo convenció para continuar viéndose. Su esposo era un viajante de accesorios de cocina y sus relaciones con él se limitaban al fin de semana, salvo el mes de vacaciones. Ella era una mujer ardiente, amoral, necesitaba de otros hombres también. Incluso llegó a confesarle que su marido y él no eran los únicos. A pesar de esto se dejó llevar por la corriente porque se encontraba solo, triste y apenado. Y así continuaban. Se veían una o dos veces a la semana, siempre en casa de ella, y poco más. Muchas veces había llegado a pensar con crudeza que era como tener a su disposición una prostituta gratis.

—Peter...

—¿Sí?

—Vas a llegar tarde.

—Es verdad —dijo, consultando su reloj de pulsera.

—No dejes que el trabajo te atormente.

—Sí —sonrió.

Le dio un cachete en las nalgas y poco después salía del piso.

Yendo en el autobús se acordó de la tarde del día anterior. Nada más salir del banco se había trasladado en autobús hasta West Florida Street, entrando en el edificio de apartamentos donde había estado buena parte de la tarde y de la noche del domingo.

Encontró en esta ocasión al conserje, un hombre viejo y jubilado que esperaba la hora del sueño eterno viendo entrar y salir gente. Le preguntó por el apartamento 10 F, de Debra Wayne.

—¡Debra Wayne! —había exclamado al momento.

—¿La conoce?

—Bueno, no mucho.

—Como ha...

—Es que me fijé en ella porque se trataba de una señorita muy llamativa.

—Entiendo.

—Ella no está.

—¿Sabe cuándo viene?

—No creo que venga ya más.

—¿Cómo?

—Ella se fue definitivamente.

—¿Cuándo?

—Supongo que el domingo.

—Pero...

—Alquiló el apartamento el lunes pasado. Pagó una semana por adelantado que era el tiempo que pensaba estar. La verdad es que apenas la vi en ese tiempo. Y aunque estos apartamentos se alquilan amueblados, lo cierto es que ella no trajo nada consigo. Ni siquiera una maleta.

—Ya...

—Lo siento, joven. No puedo ayudarle más. No dejó ninguna dirección donde se la pudiera localizar.

—Me lo imagino.

Pero ¿cuál era su juego? Ésa era la pregunta que le martilleaba el cerebro desde la otra tarde. ¿Quién era realmente Debra Wayne? ¿Qué se proponía? Lo lógico era pensar en la clásica fulana asaltante, pero había algo que echaba por la borda esta teoría: cuando revisó sus pertenencias no le faltaba ni un centavo. Nada. Todo estaba intacto. ¿Qué misterio había tras Debra Wayne? ¿Tenía él algo que ver con ese misterio o simplemente había sido un mero instrumento de entretenimiento para ella?

Llegó al banco con diez minutos de retraso. Hubo los clásicos comentarios.

—Se te pegaron las sábanas, ¿eh, Peter?

—¿O acaso ha tenido la culpa una chiquita excesivamente cariñosa?

Comenzó con su trabajo, pero al igual que el otro día estaba en dos sitios. Su cerebro se había dividido en dos partes. La una pertenecía a Peter McIntosh, cajero de banco; la otra a Peter McIntosh, hombre preocupado e intrigado por lo ocurrido el domingo.

El trabajo pasó sin pena ni gloria. A la salida, varios compañeros le propusieron ir a tomar unas copas. El rechazó el ofrecimiento.

—¿Tienes algún problema? —le preguntó Uno.

—¿Yo? No, no...

—Te veo con esa mirada tan fija.

Procuró desentenderse de ellos al momento. Y decidió trasladarse hasta el Juneau Park, allí donde conociera a Debra Wayne.

Paseó por el parque incansablemente, pero no la vio por ningún

lado. Había sido una idiotez pensar que ella podía estar allí, se dijo con mal humor. Así pues, emprendió el camino de casa.

El autobús le dejó en West Michigan Street, a la altura de la North 33rd Street, que era donde él vivía. Atravesó West Clybourn Street y más tarde West St. Paul Avenue. Justo entonces se cruzó con Doris Farrow.

La trigueña iba acompañada por un tipo robusto, carirredondo, de aire provocador. Cada uno de ellos llevaba una bolsa en las manos, posiblemente con alimentos. Ella hizo como que no le conocía y su acompañante ni siquiera le miró. Peter se quedó unos instantes parado en la acera, viéndolos alejarse por la avenida. Al final se detuvieron ante un portal y entraron, desapareciendo de su vista. Bien, habían entrado en casa de ella. En casa de ella...

Bueno, ¿y qué? ¿Acaso iba a sentirse celoso? ¡Qué tontería! El sabía muy bien que ella era una ninfómana perdida, ella misma se lo había confesado, no había ningún engaño entre los dos. Ella podía hacer lo que le diera la gana y él otro tanto. ¿Acaso él no había intentado su aventura particular el domingo por la tarde?

El domingo por la tarde... ¡Maldito fuera! ¿Por qué recordar otra vez eso?

Echó a andar de mala gana, enfurecido consigo mismo. Estaba perdiendo los nervios por cualquier tontería, lo mismo en el trabajo que en la vida particular, y todo por culpa del suceso del domingo.

¡Al diablo todo!

Llegó ante su portal, una manzana más adelante. Introdujo la llave en la cerradura y abrió. Entró en el edificio. Subió las escaleras —vivía en un segundo piso— y poco después arrojaba la chaqueta sobre una butaca, ya en el *living* de su casa.

Se aflojó el nudo de la corbata y pasó a la cocina. Abrió la nevera y sacó la botella de leche. Se sirvió en un cazo, luego sacó de una alacena la caja de las pastas, y con ambas cosas en las manos volvió al *living*. Las dejó sobre la mesita ratona y tomó asiento en el diván. Iba a beber el primer trago cuando alguien llamó a la puerta de la casa.

No esperaba a nadie. Intrigado, fue a abrir. Pero antes observó por la mirilla.

El rellano estaba vacío. Ni un alma. Claro que el visitante podía estar oculto en la escalera. Pero ¿por qué? ¡Qué tont...!

Entonces se dio cuenta que pisaba algo extraño.

Bajó la vista y... sí, en efecto, su pie derecho pisaba un sobre de tamaño rectangular, un poco más grande que los habituales de correo.

Tomó el sobre con una mano y luego abrió la puerta. Ni en el rellano, ni en la escalera.

Nadie.

Cerró la puerta y corrió hacia la ventana que daba a la calle.

Se asomó.

Nada le llamó la atención. Hombres y mujeres que iban hacia West St. Paul Avenue. Hombres y mujeres que iban hacia West Mt. Vernon Avenue. ¿Quién era el misterioso personaje que había llamado a la puerta, arrojando el sobre por debajo?

Todos caminaban normalmente, indiferentes. Bueno, no. Había uno que corría. Sí, corría. ¿Por qué? Oh, vaya, simplemente iba al encuentro de una chica. Posiblemente su novia o su esposa. Ahora se abrazaban y besaban. ¿Para qué seguir mirando? No iba a conseguir nada.

Como el edificio carecía de portero, estaba claro que el misterioso mensajero se debía haber valido de una gonzúa para forzar la cerradura del portal. Y sobre todo habría procurado que nadie le viera. Ni a la entrada ni a la salida.

Bien, ¿por qué no abría el sobre de una condenada vez y salía de dudas? Tal vez sólo fuera uno de esos sobres de propaganda que echan constantemente a los buzones...

Claro que, ¿entonces por qué no lo habían echado al buzón?

Con manos nerviosas lo rasgó tras observar al tacto que contenía algo duro, como cartulina.

Extrajo de él hasta cuatro fotografías a color, Al verlas, la sangre le subió de golpe a la cabeza y no pudo evitar un grito, mezcla de espanto y de asco.

En cada una de aquellas fotos sólo estaban retratados él y un tipo al cual no se le veía nunca bien el rostro, ladeado siempre, con toda seguridad intencionadamente, al contrario que él.

Las cuatro fotos de marras podían haber hecho muy bien furor en una revista porno para homosexuales.

CAPÍTULO III

No tuvo tiempo de pensar. Al instante sonó el teléfono.

—¿Peter?

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy yo, Doris.

—Oh, perdona. No te había reconocido.

—¿Acaso estás molesto conmigo?

—No, no...

—¿Por lo de hace un rato, cuando nos cruzamos y no te saludé?

—No, no...

—Lo siento, cariño, pero...

Lo que le faltaba, diablo. Escuchar las excusas de Doris Farrow.

—... Brian es un tipo muy celoso. Con él sí que no se puede hablar claro. Le gusta ser el único. Y además es bastante violento. Para la cama muy bien, pero para la vida normal es tremendamente molesto. Si te hubiera saludado, él se habría entonces fijado en ti y no hubiese parado de hacer preguntas, amén de que tú hubieras quedado grabado en su mente como un enemigo. En fin, no sé cómo lo soporto, pero ya te digo, es muy bueno en la cama...

—Lo entiendo perfectamente, Doris. No hace falta que me presentes

excusas.' No

somos novios, ni esposos, ni nada por el estilo, Ya quedó claro al principio.

—Sí, sí. Pero es que no me gustó la forma en que me miraste...

—Fue una mirada de sorpresa, nada más. No esperaba encontrarte en compañía de otro hombre.

—Bueno, Peter, yo...

Dudó.

Peter McIntosh miró una vez más las fotos. Furioso, las arrojó al suelo.

—Peter...

—¿Qué? —Ladró.

—Oh, Peter, ¿te ocurre algo?

—A mí nada. ¿Y a ti?

—Bien, resulta que él... Brian, el hombre que me acompañaba...

—Sí, sí. ¿Qué?

—Me ha dejado.

—Lo siento, Doris.

—¡Me ha dejado plantada!

—¿Qué se le va hacer? —Le llamó un amigóte y se fue con él.

—Otro día será. En fin, Doris, buenas noches. —¡Peter!—. ¿Qué?

—preguntó armándose de paciencia—. ¿No... no podrías venir... esta noche...?

El joven soltó una risita nerviosa. Ella se estremeció al oírla al otro lado del hilo telefónico.

Peter, ¿te encuentras bien?

«Como si me hubieran dado por el culo», pensó con sarcasmo.

—Estupendamente —fue su respuesta.

—Entonces, ven conmigo. Te prometo que lo pasaremos bien.

—No puedo, Doris.

—¿Por qué? ¿Otra chica?

—No es eso. No puedo, y basta.

—Oh, Peter, no seas así.

—Adiós, Doris. Buenas noches.

Y colgó, dejándola con la palabra en la boca.

Si hubiera continuado un minuto más hablando con Doris, habría estallado. No soportaba la tensión y la angustia que por momentos le iban invadiendo. Y no hubiese sido justo que Doris pagara por ello.

Se acercó al mueble-bar y lo abrió. Tomó la botella de *whisky*. Bebió a gollete durante un largo rato.

Luego, cogió las fotos del suelo y las miró con ojos turbios. Seguían igual.

Más *whisky*.

Las fotos continuaban imperturbables.

Y de nuevo sonó el teléfono.

Dejó la botella de *whisky* sobre la mesa camilla y descolgó el auricular.

—Diga...

—¿Peter McIntosh?

—Al habla.

—¿Ha visto ya las fotografías, amigo? —le preguntó la voz, una voz masculina, impersonal, con cierto matiz burlón.

Peter McIntosh notó cómo el pulso se le aceleraba.

—¿Quién... quién es...?

—Eso no importa.

—¡Usted es el maldito hijo de perra que ha realizado esas porquerías! —estalló de pronto.

—Cálmese, amigo McIntosh. No le conviene alterarse.

—¡Usted... usted...!

—Hablemos como las personas. Yo tengo los negativos de esas fotos.

Se hizo un breve silencio.

—¿Entiende? —agregó el otro, con una risita.

—¡Todo fue por culpa de esa fulana rubia que dijo llamarse Debra Wayne! —barbotó de nuevo súbitamente. Sus pensamientos se cruzaban alocadamente en su mente, explotando en frases de ira.

—Déjese de cavilaciones estúpidas, McIntosh. Lo hecho, hecho está. Ya no puede dar marcha atrás. Atienda al presente. El presente soy yo.

—¡Usted es un hijo de zorra callejera!

—Sí, McIntosh. Un hijo de zorra callejera que puede hundirle, desprestigiarle y un montón de cosas más. ¿Lo va comprendiendo?

—¿Qué se propone?

Quiero hacerle ver, en primer lugar, que yo tengo la sartén por el mango.

El alcohol no hacía efecto, maldito fuera. Todo seguía viéndolo y oyéndolo con demasiado realismo. Aquello tenía que ser una pesadilla, ¡una pesadilla!

—Yo tengo la sartén por el mango —repitió el otro implacablemente—. Yo tengo los negativos de las fotos. Por tanto, yo puedo hundirle.

Despertar. Lo que tenía que hacer era despertar, sí. Despertar y verse de nuevo en Juneau Park, en una tarde gris y desapacible, con las manos embutidas en los bolsillos de la cazadora, paseando distraídamente...

—Si esas fotos se publicaran —continuó diciendo su anónimo comunicante—, si esas fotos llegaran a manos de sus compañeros de trabajo, o de sus amistades, o de sus familiares... ¿qué sería de usted, Peter McIntosh?

Pero no despertaba. Seguía oyendo aquella maldita voz machacona, amenazante.

—¿Qué sería de usted, Peter McIntosh? —volvió a decir—. ¿Quiere que yo se le explique? Su carrera en el banco habría terminado, sus amistades le darían la espalda, Milwaukee sería su tumba. En todo caso, tendría que emigrar y partir de cero en otro sitio. Pero ¡cuidado!, esas fotos siempre le estarían acechando, amenazando... Su vida sería una taquicardia continua.

—¡Cállese, perro! —tronó, cerrando los ojos.

—No se desespere, McIntosh. Tiene una salida.

Otro breve y estudiado silencio.

—Sí, McIntosh —continuó al rato—. Me ha escuchado bien. Tiene una salida. Una salida que, desde luego, no es la de ir a la policía. ¡Ni siquiera piense eso! ¡Sería su perdición! ¡La policía, no!

—¡Está bien, maldito! ¡Acabe de una vez!

—Usted puede recuperar esos negativos.

—¿Cómo?

—Yo se los daré a cambio de... algo.

—¿Quiere dinero?

—Sí.

—¿Cuánto? —Había ansiedad en su voz. La cosa podía ser más fácil de lo que en un principio pensaba.

—Quiero un mínimo de cincuenta mil dólares.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Está loco?

—Un mínimo de cincuenta mil dólares —repitió.

—¡Yo no tengo ese dinero!

—Usted sí tiene ese dinero.

—¿Qué dice?

—Usted es el cajero del banco.

—¿Me está pro...?

—Le estoy proponiendo un atraco.

Una vez más reinó el silencio a través del hilo telefónico.

—¿Lo oyó, McIntosh? —Sonó de nuevo la voz del anónimo comunicante—. Usted puede recuperar esos negativos si nos ayuda

en un atraco al banco.

—¿Nos? ¿Cuántos son?

¡Qué importa eso! Sólo tenga presente una cosa: si yo, el que le habla por teléfono, caigo en una emboscada policíaca por culpa de usted, que puede sentir la debilidad de denunciarme a la policía para que ésta trate de localizarme por el teléfono, esté seguro que los negativos no caerán en sus manos. Y otro, un compañero; se encargará de que vean la luz pública.

—Está la chica rubia en esto, ¿verdad?

—Sus preguntas sobran, McIntosh. Lo importante es que usted sepa que ha de ayudarnos en el atraco al banco... si desea recuperar los negativos de las fotos, claro está.

—Pero ¿están locos? ¿Cómo voy a ayudarles a atracar el banco? ¿Por recuperar los negativos voy a quedar como un atracador? Es salir de un infierno para meterme en otro. ¡Mi carrera se iría igualmente al cuerno!

—Ya lo hemos pensado, McIntosh —rió el tipo—. Y tenga por seguro que usted no quedará como un atracador. Nadie le echará la culpa del atraco.

—¿Cómo?

—Mañana le informaré más. Medité en las próximas horas todo lo que hemos hablado. Buenas noches.

—¡Oiga...!

Se cortó la comunicación.

Peter McIntosh se quedó mirando el auricular. Al final se decidió a marcar un número. —¿Doris?— preguntó cuando descolgaron.

—Sí...

—Soy Peter.

—¡Oh, Peter!

—Voy —dijo escuetamente, y colgó.

CAPÍTULO IV

Se puede decir que el miércoles prácticamente no existió en la vida de Peter McIntosh. Si a alguien se le hubiera ocurrido preguntarle, al finalizar el trabajo, qué había hecho durante esa jornada, la respuesta hubiese sido nada. Había actuado como un autómatas, por puro reflejo, obsesionado con la idea del atraco. ¿Ayudar a atracar el banco...? De vez en cuando había mirado a hurtadillas a sus compañeros, al director, como si ya temiera ser sospechoso, como si fuera culpable. Culpable ¿de qué? ¿Acaso iba a ayudar a aquellos malditos chantajistas a atracar el banco...? No, él no podía hacerlo. Su dignidad, su honor...

Cuando el teléfono sonó parecía que hubiese pasado toda una eternidad. Lo descolgó con feroz ansiedad.

—¿Sí?

—¿Peter McIntosh?

Era la voz, sí.

—Al habla.

—Me conoce, ¿verdad?

Y la misma risita, sí.

—Es usted... el chantajista...

—Yo soy, en efecto. ¿Pasó buena noche?

—No le interesa.

—¿Y qué tal la jornada de trabajo? ¿Logró al final cuadrar los números?

—¡Déjese de guasas!

—*Okay*. ¿Meditó acerca de lo que le dije?

—Sí, maldito sea. No he pensado en otra cosa más que en eso.

—Buen chico.

—Vaya al grano.

—¿No se le ocurriría comentar el asunto con nadie...?

—No.

—Y mucho menos con la policía.

—Tampoco.

—Magnífico, McIntosh. Veo que nos entendemos.

—Vaya al grano —repitió.

—No sea impaciente, hombre.

—Está bien —se estaba haciendo daño en la mano de tanto apretar el auricular.

—Vayamos por partes, McIntosh.

—Diga.

—¿Está dispuesto a ayudarnos? ¿Ha llegado a la conclusión de que es su única salida?

—Aún no sé en qué va a consistir.

—Se lo dije. Atracar el banco. «Su» banco.

—Pero ¿cómo?

—Primero conteste a mi anterior pregunta: ¿está dispuesto?

—Antes quiero saber la cantidad de riesgo que voy a correr. Ya le dije ayer que...

—Oh, sí, le entiendo. Para acabar encerrado por atracador, usted prefiere que las fotos vean la luz pública. ¿No es eso?

—Algo por el estilo. Años de cárcel por no soportar la vergüenza de unas fotos cochinas, no es un buen trato.

—Ajá.

—Quiero conocer los pormenores.

—Okay, McIntosh. Se los voy a contar. Pero mucho me temo que no tendrá más remedio que aceptar nuestra proposición. Además de ser buena para usted, es la única. —Adelante— apretó los dientes con rabia, notando que ya su corazón se había desbocado en el interior de su pecho.

—Le necesitamos a usted, McIntosh, para unas cuantas cosas. La primera para que procure que el día D haya más de cincuenta mil dólares en la caja, a su alcance, para que no tenga que recurrir a la caja fuerte, o a un permiso de su director...

—¿La segunda?

—La segunda para que no de la alarma, ni apretando el botón ni chillando... al menos antes de que nosotros terminemos la faena.

—¿La tercera?

—La tercera para que se conduzca con naturalidad, sin llamar la atención de los compañeros, o de los posibles clientes que haya por

allí.

—¿La cuarta?

—No hay más, McIntosh, Sólo con que usted cumpla con esas tres premisas nos damos por satisfechos.

—¿Y... y cómo lo piensan hacer?

—Del siguiente modo. Uno de nosotros se presentará ante usted con un maletín, como si de un ejecutivo se tratara. Le entregará un cheque. En ese cheque, en vez de cantidad, la fecha y firma, irán escritas las clásicas frases de todo atraco, que no hace falta que se las diga; ya las leerá —rió brevemente—. Eso será una prueba a su favor posteriormente, ya que en ella se le amenazará de muerte. Usted se comportará obedientemente, cumpliendo con todos los requisitos, y empezará a sacar fajos de billetes. Cuando el falso ejecutivo haya desaparecido por la puerta del banco, entonces usted dará la alarma. Y a partir de ese momento usted procurará ser la mar de convincente dentro de su papel de asustado y tembloroso cajero que no ha tenido más remedio que dar el dinero por temor a que le agujerearan la piel. ¿Lo va entendiendo, McIntosh?

—Sí... sí...

—Y le gusta, ¿verdad?

—¡Es usted un...!

—No se moleste en decírmelo —le cortó el otro con su característica y enervante risita—. Ya lo oí ayer.

—Pero es demasiado arriesgado... No saldrá bien...

—Ya lo creo que sí.

—Quiero decir que es demasiado arriesgado para mí.

Las sospechas recaerán en seguida sobre mi persona. Resultará extraño que yo no intente...

—¿Acaso tiene usted fama de héroe de película, McIntosh? No me haga reír, por favor. ¿Por qué van a sospechar de usted inmediatamente? Todos los días están atracando bancos en el país, y todo porque los empleados de estas entidades obedecen como corderillos asustados. Ellos son vulgares burócratas que trabajan ocho horas como mandan las reglas del juego social y que desean regresar por la tarde a casa para darle un beso a la mujer y a los hijos. Sólo los locos intentan detener a los atracadores. ¿Usted es un loco, McIntosh? No, señor. Y si hace bien el papel de cajero acobardado, incluso le aconsejo al final una explosión de nervios,

presa del pánico vivido, no tendrá la menor dificultad ni con la policía ni con la entidad bancaria. ¡Y recuperará los negativos!

Pausa.

Sólo el jadeo de Peter McIntosh.

—Entonces, ¿está de acuerdo? —preguntó el chantajista—. Como habrá oído, no existen grandes problemas para usted... si sabe hacerlo bien.

—¿Cuándo tendré los negativos?

—Al día siguiente.

—¡Pero eso es...!

—Tiene que confiar en nuestra palabra.

—No me gusta.

—Yo no le voy a preguntar si lo toma o lo deja. ¡Lo tiene que tornar!

—Estoy en sus manos, malditos sean.

—Me alegra que lo reconozca, McIntosh. Usted haga su parte bien y el resto correrá de nuestra cuenta. Tenga por seguro que cumpliremos nuestra palabra. ¿Está ya convencido de que será capaz de hacerlo?

—Yo...

—Tendrá que convencerse plenamente, McIntosh. Y para eso sólo dispone de veinticuatro horas más.

—¿Cómo?

—El atraco será el viernes por la mañana.

—¡Pero es demasiado pronto...!

—Es lo mejor para todos. Si le damos mucho tiempo, puede irse de la lengua, incluso sin querer. Vaya procurando que para entonces haya una buena cantidad en caja. Mañana a la misma hora le volveré a telefonar para repetirle las instrucciones y darle algunos detalles más. Hasta mañana, McIntosh.

Y ya no hubo más. La comunicación se cortó y Peter McIntosh se quedó escuchando, un tanto extasiado, el largo pitido.

Luego, tras colgar el auricular, se tumbó sobre el diván y así estuvo contando las horas de la noche hasta que amaneció.

Y llegó el día.

Viernes, 2 de setiembre.

10 de la mañana.

Los clientes entraban y salían indiferentes. Los ojos de Peter

McIntosh iban y venían con ellos. Se había aflojado ligeramente el nudo de la corbata y sus manos tenían un cierto temblor. La boca la sentía espantosamente seca.

Recordaba las últimas instrucciones de la voz anónima. Sobre todo una de sus palabras: «Serenidad... Serenidad... Serenidad». Pero no podía. Aquello era más de lo que podía soportar. Incluso llegó a descubrir en aquellas desesperantes horas que parecían desgranadas por la mano mágica y cruel de un sádico —¿cuándo aparecería el falso ejecutivo del maletín?—, que era más el horror que sentía a ser descubierto como un atracador que al atraco en sí.

Por otro lado no hacía más que mirar de reojo a sus compañeros, William, Bob, Dora, Rip, Lewis... ¿le estarían observando? ¿Notarían su nerviosismo? ¿Sabrían va algo? ¡Oh, qué imbécil era! ¿Qué iban a saber? ¿Por qué iban a sospechar? El era el empleado más antiguo, el más honrado, el más fiel... ¿Y el director? ¿Y míster Kaplan? A lo mejor se encontraba en su despacho en comunicación directa telefónica con la policía, esperando que diera el paso en falso para atraparlo, y con él a los atracadores. ¡Bah, imposible! ¡Había visto demasiadas películas policíacas! ¡Estaba idiotizado por el aluvión televisivo policíaco! Siempre los policías son los más listos, siempre los policías ganan...

Pero bueno, ¿a favor de quién estaba? ¿De la ley o de aquellos malditos chantajistas atracadores que mal rayo partiera? Se mesó los cabellos con nerviosismo. ¿Qué le estaba ocurriendo?

—¿Le sucede algo, joven? —le preguntó la viejecita a que estaba atendiendo.

—¿Qué? —Casi chilló.

La viejecita parpadeó sorprendida por aquella brusca respuesta.

Peter McIntosh se dio en seguida cuenta de la torpeza cometida. Miró a su alrededor, temeroso de haber llamado la atención de algún compañero. No, todo seguía igual. El banco continuaba funcionando como una máquina bien engrasada. Todos estaban embutidos en sus trabajos.

—Perdone... —susurró, tratando de conseguir una sonrisa amigable. No supo nunca si la logró—. No me pasa nada... Perdone...

Le dio su dinero. La viejecita se retiró y entonces quedó encarado a un hombre robusto, de rostro sanguíneo. Mientras le

atendía observó la entrada en el banco de un joven bien vestido, que llevaba un maletín en su mano derecha. ¡Éste es!, se dijo, y notó sus pulsaciones en las venillas de las sienes.

El joven elegante tomó asiento en una de las mesas, sacó una cartera del bolsillo interior de su chaqueta y se puso a revisar unos papeles.

¿Es o no es? ¿Por qué se ha sentado? ¿A qué espera? Las preguntas saltaron como dardos en su cerebro. El nerviosismo iba en aumento. «Serenidad... Serenidad... Serenidad», había dicho la voz anónima.

Pero él no era un profesional. No era un hombre frío y calculador, con un perfecto dominio de sus nervios. No, él era un hombre de la calle, un ser vulgar confundido entre la masa de las ocho de la mañana y la de las tres de la tarde, un simple empleado de banco, un cajero...

Terminó con el hombre robusto. Éste era el último de la cola. Nadie vino hacia él. Se quedó mirando fijamente al hombre joven.

Entonces... ¿no era?

Sus miradas coincidieron un instante. El joven elegante se guardó su cartera. Se puso en pie. Caminó. ¡Caminaba hacia él!

¡Había estado esperando que no hubiera nadie en «Caja» para entonces presentarse!

Se fijó mejor en el joven elegante. No, no parecía ser el de las fotografías, aunque en éstas difícilmente se le podían distinguir las facciones del rostro.

Cuando bajó la vista, se encontró con el cheque. Ni él ni el otro pronunciaron palabra alguna. El cheque se hallaba sobre el mostrador vuelto al revés. Lo tomó, y mucho antes de leer lo que allí había escrito, ya estaba sudando.

«UNA PISTOLA LE ESTA APUNTANDO
CONSTANTEMENTE. SI NO QUIERE SER HOMBRE
MUERTO, SIGA LAS INSTRUCCIONES Y NO COMETA
NINGUNA TONTERÍA. ENTREGUEME TODO EL
DINERO DE LA CAJA, Y HÁGALO DE UNA FORMA
NATURAL. SI SUENA LA ALARMA, USTED NUNCA
SABRÁ LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS. ¡OBEDEZCA!».

La pistola... ¿Dónde estaba la pistola? Aquel tipo tenía las dos

manos sobre el mostrador. Ya estaba abriendo el maletín. Parecía indiferente. Tenía madera de atracador, sí, señor.

Miró por encima de sus hombros. Y entonces lo vio. Un tipo envuelto en una gabardina oscura, con las manos en los bolsillos. Ese era el de la pistola. Ése sería el que organizaría la ensalada de tiros caso de que él cometiera una torpeza.

—El dinero, por favor —habló el joven elegante. Adivinó un cierto matiz de impaciencia en sus palabras.

—Sí, sí...

De nuevo leyó la nota, y en seguida se apresuró a obedecer.

Mientras sacaba los fajos de billetes, sufrió como un condenado a muerte, temiendo que algún compañero se fijara en él y advirtiera aquella enorme fuga de dinero. Pero todo seguía su curso normal, rectilíneo, programado. Es lo bueno y lo malo de convertir a los empleados en máquinas. Cada uno se preocupa sólo de lo suyo, vive obsesionado con su trabajo.

Los fajos de billetes se acabaron al fin, pero eso no fue ningún alivio para Peter McIntosh. Aún le quedaba la parte más penosa, la más difícil, aquélla en la que se jugaba el ser o no ser... ¡Y todo por culpa de unas malditas fotografías que le habían hecho en un estado en el que no era dueño de sí mismo!

Sonó el clic clic del maletín al cerrarse. Peter McIntosh se dijo que así sí que daba gusto atracar un banco, teniendo controlado al cajero, seguros los atracadores de que éste no apretará el botón de alarma ni se pondría a lanzar chillidos de socorro.

Ahí los tenía a los dos, tan tranquilos, dando media vuelta, saliendo del banco...

Pero para él había sido un infierno. Como si se hubiera tratado de un atraco real.

¡RIIIING! ¡RIIIING!

—¡Ladrones! ¡Auxilio! ¡Atraco! ¡¡Han atracado el banco!! ¡¡A los ladrones!!

CAPÍTULO V

El teniente de la Brigada de Robos que apareció por el banco dijo llamarse Vicent Garfield. Iba acompañado por dos detectives de primer grado cuyos nombres nadie llegó a saber.

—Tú, interroga a la gente de la calle.

—Tú, a los clientes del banco.

Eso era todo. Tú para acá, tú para allá.

El se encerró en el despacho del director, acompañado de éste y del joven McIntosh.

El interrogatorio no fue siquiera duro, y a ello ayudó mucho míster Kaplan, el cual se comportó muy comprensivamente con McIntosh, disculpándole y dándole ánimos. Pero a pesar de esto, el joven cajero no podía evitar cierto nerviosismo y una molesta inquietud al sentirse escrutado por los acerados ojos del teniente Garfield.

—Entonces, ¿eran dos?

—Sí... Eso... Dos...

—Uno joven y elegante, a cara descubierta...

—En efecto, teniente.

—Y otro embutido en una gabardina, con gafas oscuras, del cual no puede precisar nada...

—Ése era el que le amenazaba.

—Sí. Tenía las manos en los bolsillos.

—¿Cómo lo supo?

—¿Qué? —Parpadeó sorprendido.

—¿Cómo supo que el tipo de la gabardina le estaba apuntado con una pistola?

—Pues...

—Aquí no lo dice —señaló la nota—. Habla de una pistola que le está apuntando, pero no dice de dónde ni quién. Y por supuesto el tipo joven y elegante, el del maletín, no era. Usted mismo ha

declarado ya que tenía las dos manos libres.

—Sí, claro... Sí...

Aquello no estaba en el programa. ¿Cómo lo había sabido? Nadie se lo había dicho. Lo había imaginado. Realmente importaba un comino que le estuvieran o no apuntando con una pistola. El tenía que cumplir con lo estipulado si quería recuperar los negativos. Pero de todas formas, el tipo aquél de la gabardina era un compinche. Estaba seguro de ello...

—¿Y bien, McIntosh?

—Bueno... Me lo dijo el joven elegante... Sí, eso... Al tiempo que me alargaba el cheque, me dijo: «Fíjese en el hombre de la gabardina». Yo comprendí en seguida.

—¡Claro, claro! —exclamó el director del banco, palmeando la espalda del joven cajero—. Vamos, tranquilícese, McIntosh... Yo creo, teniente Garfield, que ya es bastante por hoy. Comprenda la situación en que se encuentra este hombre. Está presa de los nervios.

—De acuerdo —sonrió el teniente mirando a McIntosh—. Lo dejaremos estar... aunque me gustaría que nos acompañará al Police Department. ¿Qué me dice, McIntosh? ¿Se siente con fuerzas como para colaborar con la policía durante unas horas más?

—Yo... en fin, si es algo urgente... eestoy a su disposición, teniente.

—Me gustaría tener las fotos-robot de esos tipos cuanto antes. Nuestros dibujantes harán mejor el trabajo si usted está con ellos, que si sólo se guían por sus descripciones. ¿Entiende?

Peter McIntosh asintió.

—Y de paso, también podría echarle una ojeada a nuestros álbumes de fotos. Tal vez alguno de ellos esté fichado.

—Ya le he dicho que en un caso de identificación, sólo podría hacerlo con el tipo del maletín. Usted habla siempre en plural sin tener en cuenta que al otro apenas le vi el rostro.

—Sí, sí... Bien, ¿qué dice? ¿Viene conmigo?

—Supongo que no tengo otro remedio.

—Bueno, podríamos aplazarlo para mañana..., pero a nosotros nos gustaría tener todos los datos cuanto antes. —Está bien. Iré.

—Gracias, McIntosh.

El teniente dio media vuelta y salió del despacho. El director del

banco le ofreció al joven:

—¿Un trago, McIntosh? Creo que le hace falta.

—Sí, gracias.

—Está usted muy blanco.

—No sabe el miedo que pasé, míster Kaplan.

—Lo comprendo perfectamente. Yo también me hubiera asustado mucho. Nunca se sabe lo que puede hacer esa gente desalmada. En cuanto se ven un poco en peligro, comienzan a matar. Todos los días lo estamos leyendo en los periódicos. Hizo usted bien en estarse quieto.

—Celebro que lo entienda, míster Kaplan. Yo... yo de verdad que lamento lo ocurrido.

—Más vale una vida humana que ochenta y cinco mil dólares. Por otro lado, ese dinero no es mío ni de usted. Nosotros somos simples empleados cuyo deber consiste en trabajar honradamente por el bien de la entidad. Los atracadores no son cosa nuestra. Hace tiempo propuse en la Junta contratar los servicios de unos vigilantes armados, pero no me hicieron caso. Espero que ahora lo mediten más detenidamente. Ande, tome, McIntosh.

Míster Kaplan, tras abrir el pequeño mueble-bar que allí tenía instalado, ya había escanciado en un par de vasos cilíndricos una buena ración de *whisky*. —A ver si le asoma un poco el color— agregó.

Lo había pensado concienzudamente durante el trayecto en coche. Corría un grave peligro si detenían a los atracadores. Todo saldría a la luz pública. Y más grave sería la cosa si los atrapaban antes de que le devolvieran los negativos de las fotos.

Estaba bien cogido. Muchos temores y riesgos le acechaban. Su vida iba a ser un constante infierno a partir de entonces.

En el coche policial no hubo palabras. De vez en cuando el teniente Garfield le miraba de reojo, y nada más. Debería tener cuidado con este policía. Parecía sospechar de él... ¿O eran todo imaginaciones suyas? ¿Iba a convertirse en uno de esos obsesos que ven enemigos por todos lados?

Le introdujeron en un cubículo de cristal en compañía de dos tipos altos y escuálidos, de ojos ratoniles. Ambos portaban papel y lápiz. El empezó a hablar y ellos comenzaron a dibujar. Así pasaron

los minutos.

Peter McIntosh podía ver desde allí al teniente Garfield. Éste se encontraba en otro cubículo, acompañado de sus dos detectives. Parecía que estaban discutiendo acerca de los datos obtenidos en sus pesquisas.

Terminó el trabajo de los dibujantes, y el cajero contemplando el retrato-robot del atracador del maletín se dijo que podía y no podía ser. Le hacían falta unos cuantos toques más.

—Sí, sí —asintió—. Así está bien.

El dibujo del tipo de la gabardina era de lo más contuso, pero ahí él no tenía la culpa. Realmente no se había fijado bien en él, aparte de que las grandes gafas oscuras le desfiguraban bastante.

—De éste, es lo más que puedo recordar... Reconozco que no es mucho...

Los dos dibujantes salieron del cubículo de cristal y poco después entraba uno de los detectives del teniente Garfield trayendo un par de libretos que dejó sobre la pequeña mesa.

Fotos y más fotos, de frente y de perfil, fueron pasando ante sus ojos, todas ellas con sus números clave. No tuvo que reprimirse. En realidad, no reconoció en aquellos cientos de fotos a ninguno de los dos atracadores. El detective lanzó un gemido de desaliento y él se limitó a encogerse de hombros.

Aparecieron entonces el teniente Garfield y el otro detective.

—Nada —dijo el que ya estaba con él.

El teniente se quedó mirando fijamente a Peter McIntosh. Éste le aguantó la mirada.

—O bien se trata de gente nueva en el oficio —agregó el detective—. O bien se trata de gente forastera.

El teniente desvió sus acerados ojos del joven cajero. Miró al detective que había hablado:

—Entonces ordena que pasen esos retratos al

F. B. I.

Si se trata de gente forastera, tal vez se encuentren en sus archivos.

—Sí, teniente.

El detective salió.

—Bien, McIntosh. Gracias por concedernos este tiempo... dado su estado.

—Ha sido un placer —forzó una sonrisa.

—Ahora le ruego nos facilite su dirección y su número telefónico, para el caso de que tengamos que ponernos en contacto con usted.

—Entiendo.

Lo hizo. El detective tomó nota.

—¿Puedo irme ya? —preguntó tímidamente.

—Sí, puede irse —concedió el teniente—. Tú, acompáñale.

El detective y el cajero fueron a salir.

—Un momento —pareció recordar entonces algo el teniente Garfield.

Peter McIntosh dio media vuelta.

—Me olvidé preguntarle una cosa —añadió—. ¿Por qué tardó tanto en dar la alarma? Según nuestras notas, ésta sonó cuando los atracadores ya habían desaparecido.

—Pues... porque tenía miedo... Hasta que no los vi fuera del banco, hasta que no estuve seguro de que no podrían volverse atrás para dispararme, no me atreví... Sí, ya sé que me comporté como un cobarde, pero yo jamás he pretendido ser un héroe. Le tengo mucho temor a la muerte.

—Está bien. Nada más, por ahora. Posiblemente volvamos a vernos, McIntosh.

Estas palabras no le ayudaron en modo alguno a serenar los nervios, sino a todo lo contrario.

Cuando llegó a casa, lo primero que hizo fue encender la televisión y también la radio. Ninguno de los dos medios de comunicación se hacía aún eco del atraco al banco.

Aprovechó para ducharse, para comer algo y para beber *whisky* en gran cantidad. Desde que había comenzado esta pesadilla no recordaba haber bebido nunca tanta cantidad de alcohol. Lo cierto era que de las tres botellas que tenía desde marzo, dos intactas y una empezada, sólo le quedaba media.

Los primeros en apuntarse el tanto de la noticia fueron los de la emisora de radio WISN y más tarde los del canal 6 de televisión (WITI), ambos pertenecientes a la cadena ABC. La información suministrada dejó bastante que desear, dada la premura, y no se dijo nada que él ya no supiera. Salió nombrado en un par de ocasiones.

Y esto repercutió en seguida en el teléfono. Primero fueron sus tíos y después algunos amigos y conocidos. Luego comenzaron los periodistas y al final optó por descolgar el auricular.

Una hora después el canal 4 (WTMJ) ofrecía a sus telespectadores como primicia los retratos-robot. Y también una foto de él, que no sabía de dónde diablos la podían haber obtenido. Bueno, tal vez de la Sección de Personal del banco.

Alguien llamó a la puerta, pero no quiso abrir. Adivinó que serían periodistas.

Llegó un momento en que se cansó de cambiar canales de televisión y emisoras de radio. El nerviosismo continuaba dentro de él, como un gusanillo inquieto. Ya pensaba en los negativos. ¿Llegarían al día siguiente como habían prometido? ¿No le habrían engañado...?

No podía estarse quieto, iba de un lado a otro de la casa.

Por fin se decidió a marcar el número telefónico de Doris Farrow.

—¿Doris?

—¡Peter! —exclamó ella.

—Hola, nena.

—¡Te estoy llamando desde hace un rato, pero siempre estaba comunicando!

—Sí, sí...

—He escuchado la radio. ¿Qué es ese escándalo del atraco? ¿Cómo ha sido?

—Mira, Doris, yo quería que...

—¡Debe haber sido emocionante!, ¿verdad, Peter? ¡Oh, cuéntemelo, Cuéntamelo todo!

—Escúchame, Doris —endureció la voz—. No te llamaba para eso, maldita sea.

—¡Peter, eres el hombre del día!

—¡No me interesa! ¡Quiero olvidarlo! ¡Te llamaba para eso!

—Oh, mi pobre Peter... Estás alterado y deseas que pasemos juntos la noche, ¿no es eso?

—¡Sí!

—Lo siento, cariño, lo siento de veras. A mí también me gustaría, pero mi marido tiene anunciada su llegada para esta noche... Recuerda que hoy es viernes...

—Claro, lógico... No sé lo que hago ni lo que digo... Bueno, va habremos, Doris.

—El lunes nos veremos sin falta. ¡Tienes que contármelo todo!

—Seguro —dijo sin ningún tipo de alegría, y colgó.

Se llevó al dormitorio libros, revistas y el «cassette». Trató de leer y oír música, pero no consiguió distraerse. Dormir le era imposible. Apagó y encendió la luz una infinidad de veces.

Tenía miedo. Ésa era la verdad. Tenía miedo a los atracadores, a los negativos y a la policía. En el fondo no era más que un cobarde. Realmente, en el atraco, no había hecho otra cosa que representar su propio papel.

CAPÍTULO VI

Era sábado y no había trabajo. Era sábado y mucha gente quería saber de él.

Era el hombre del día, como ya le había bautizado la noche anterior Doris.

El teléfono continuaba descolgado, pero no podía evitar las constantes llamadas a la puerta de su casa. Tenía las suficientes provisiones como para no salir en varios días, pero al final decidió que si continuaba con esa postura extrema podía levantar sospechas, y sólo eso le hizo ser más consecuente.

Improvizó una rueda de prensa en el pequeño salón de su casa y procuró salir lo más airosamente posible de la prueba, tras presentar excusas a los periodistas por no haberles hecho caso hasta el momento, pero debían comprender su estado de ánimo después del desgraciado suceso. Todos lo comprendieron al observar sus marcadas ojeras y su rostro un tanto demacrado.

Los medios de información quedaron satisfechos con la ración que les proporcionó Peter McIntosh y éste consiguió así respirar más tranquilo.

Su único trabajo por aquel día consistía en esperar. Esperar que el envío de los negativos llegara.

No tenía ganas de hacer nada. Tampoco podía conciliar el sueño. ¿Cuándo llegarían? ¿Al mediodía? ¿Por la tarde? ¿Le habrían tomado el pelo?

Se entretuvo un rato limpiando los ceniceros, repletos de colillas gracias a los periodistas.

Luego, sonó el timbre de la puerta.

El corazón le dio un vuelco.

¿Los negativos... ya?

¿O tal vez un periodista rezagado?

Ni Jo uno ni lo otro.

Salió de dudas al abrir.

La figura del teniente Garfield quedó ante él. El policía vestía como la tarde anterior y parecía no haber dormido como él.

—Buenos días, McIntosh.

—Bue... buenos días, teniente.

—Lamento importunarle tan pronto, pero han habido novedades.

—¿Novedades? —Casi gritó.

—Eso he dicho, sí.

—¿Los han cogido? —preguntó, y sintió una tremenda flojera en las piernas.

—Sí y no.

—¿Qué quiere decir?

—Mejor será que me acompañe, McIntosh. Le necesitamos. Usted mejor que nadie puede identificarlos.

—Yo...

—En este momento, no hay excusas que valgan, McIntosh. El asunto es grave e importante. Por favor...

—E... está bien. Pase, mientras me adecento un instante.

El teniente Garfield quedó en el recibidor y el joven cajero fue a por su corbata y su chaqueta. Antes se pasó por el cuarto de aseo y se dio unos toques con el peine. Se miró en el espejo. Estaba muy desmejorado, sí. Y después de las palabras del teniente se encontraba como un flan. Los habían cogido, sí y no. ¿Qué significaba eso? ¿Cuál debía ser su comportamiento? ¿Cómo iba a identificarlos? ¡Sería su perdición!

Sí, hacia ahí iba. Hacia la perdición. Ése era su negro pensamiento durante el trayecto en coche, en compañía del silencioso teniente Garfield. Uno de los detectives conducía y el otro iba en el asiento delantero.

El teniente sacó cigarrillos y le ofreció. Decidió no rehusar la invitación y poco después fumaban ambos, mientras cruzaban el Menómonee River y el tendido férreo gracias al puente de West Wisconsin Avenue. Los dos continuaron callados, abstraídos con sus pensamientos. No conocía los del parco teniente Garfield, pero los suyos eran inquietantes. Desde luego, algo ya sabía. No se dirigían hacia el Pólice Department. Aquél no era el camino.

Dejaron atrás el Mitchell Boulevard y tomaron la North 53rd

Street. Al fin se detuvieron frente a un edificio de diez pisos, bastante antiguo, de paredes lamidas por el paso del tiempo.

Al bajarse vio los otros dos coches policiales, gente curiosa, fotógrafos... No pudo evitar que uno de éstos le retratara.

—Vamos arriba —le dijo el teniente, y él mismo abrió el camino.

Entraron en el edificio y subieron en el ascensor, un chisme lento, que emitía extraños ruidos. La mente de Peter McIntosh era un caos.

Comenzó a sudar cuando se bajaron en el noveno piso. En el rellano había un gran revuelo de gente. Policías sobre todo, unos de paisano y otros uniformados.

La puerta rotulada con el número dieciocho era la que estaba abierta y de donde procedía el bullicio.

—Adentro —dijo el teniente, al que unos saludaron y otros ignoraron.

Pasaron al interior y en seguida se tropezaron con un hombre rechoncho, barrigudo, de edad mediana (¿cuarenta años?, tal vez) con una cabeza como una bola de billar y unos ojos brillantes como ascuas. Fumaba un puro, y la ceniza había marcado un rastro grisáceo por la pechera de su camisa, muriendo en su prominencia estomacal.

—El teniente Murdock, de la Brigada de Homicidios —le presentó Garfield.

Homicidios. Aquella palabra le dejó helado y tieso. Homicidios. ¿Qué tenía él que ver con Homicidios? ¿Lo suyo no era un robo?

—Peter McIntosh, el cajero del «Hunter Bank» —agregó el teniente Garfield—. Ha tenido la amabilidad de acompañarme.

El teniente de Homicidios alargó su diestra y Peter McIntosh tardó unos instantes en darse cuenta. Al final reaccionó estrechándose.

—Bien —exclamó el barrigudo Murdock—. Podemos ya ver los fiambres.

Los fiambres eran dos.

Uno se encontraba tirado grotescamente sobre la alfombra del *living-room*, junto a una butaca, con todo el pecho ensangrentado.

—A éste lo mataron instantáneamente —informó indiferente el teniente Murdock—. Una certera puñalada en el corazón.

El otro se hallaba tumbado sobre el diván, amordazado, con los

pies y las manos bien atados. Su rostro mostraba una expresión horrorosa, como si hubiera sufrido todos los males habidos y por haber. No era para menos. Alguien se había dedicado a jugar a las torturas con él y su cuerpo, totalmente desnudo, presentaba un sinnúmero de quemaduras y cortes.

—Éste debió morir de un fuerte «*shock*», según la primera impresión del forense —siguió informando el teniente de Homicidios—. El cuadro tiene por ahora la siguiente explicación: una o varias personas entraron en el piso, mataron a éste e inutilizaron a aquél, comenzando a torturarlo. O el chico era demasiado flojo, o a ellos se les fue la mano, lo cierto es que murió de impresión.

—¿Se sabe ya sus nombres? —preguntó Garfield.

—Sólo, el de uno de ellos. Los asesinos (vamos a pensar que fue un trabajo de varios, dos al menos, es lo más lógico) se debieron llevar todas sus documentaciones. A pesar de ello, tenemos el nombre del apuñalado, Luke Riley, pues era el inquilino de este piso de alquiler, según nos ha informado el conserje. Él joven vivía solo, al parecer. Habrá que comprobar también si ése era realmente su nombre.

—Ya.

—Bueno —exclamó el teniente Murdock—, creo que ya ha tenido tiempo suficiente de observar a los dos fiambres, amigo McIntosh. ¿Los reconoce?

Sí, había tenido tiempo más que suficiente. Y por momentos fueron haciendo presa en él, cada vez con mayor intensidad, un sudor helado y una extraña sensación de angustia.

De pronto, se sintió mareado, la habitación comenzó a cambiar de lugar, a girar...

—¡Eh! —se alarmó el teniente Garfield—. ¿Qué le ocurre, McIntosh?

—¡Una silla! —chilló el rechoncho policía.

Un detective acercó una y Peter McIntosh tomó asiento, tomándose la cabeza entre las manos y cerrando los ojos.

—Creo que... que voy a vomitar... —balbuceó.

—Maldita sea —masculló Garfield.

—¡Una palangana! —chilló de nuevo Murdock.

Un detective la trajo del cuarto de baño. Y en efecto, el joven

cajero no tardó nada en arrojar el desayuno. Los técnicos en huellas, el fotógrafo, el forense, los detectives... todos se quedaron mirándole. Peter McIntosh se encontró más ridículo que nunca.

El forense se acercó muy solícito a él y le dio algunos consejos para que se recuperara. Al final decidieron salir de aquella habitación.

Pasaron al dormitorio.

—Si quiere puede echarse —le señaló la cama el teniente Murdock.

—No. Ya me encuentro mejor.

—¿Nunca había visto unos cadáveres?

—Sí. Pero no de ese modo.

—Comprendo.

No, no podía comprender del todo. Porque no era solamente el estado de los dos muertos lo que le había hecho ponerse así. Había algo más.

—En fin, creo que ha llegado el momento de repetirle la pregunta de antes, McIntosh. ¿Los reconoce?

Eran ellos. Los atracadores. Ése era el otro cincuenta por ciento que había originado su mareo, su angustia... Eran ellos. Estaban muertos. ¿Qué había sido de los negativos que le comprometían?

—¿Los reconoce? —repitió el teniente Murdock, mientras Garfield permanecía atento a sus reacciones.

Aquel tipo no le quitaba ojo de encima y eso hacía aumentar su nerviosismo, su malestar interno.

—Creo... creo que son ellos...

—¿Lo cree o lo afirma?

—Pues... no sé...

¿Qué era lo que convenía decir en esos instantes? ¿Qué era lo que podía favorecer su suerte? ¡Ojalá lo supiera! ¡Ojalá fuera un tipo de nervios templados y mente rápida y despejada, capaz de decidir en un instante lo más conveniente para él!

—Yo, en cuanto vi al apuñalado, a ese tal Luke Riley, en seguida pensé en los atracadores del «Hunter Bank» —dijo el rechoncho policía, sacando de un bolsillo de su chaqueta los retratos-robot—. Se parece muchísimo a uno de ellos, precisamente al que ha sido dibujado con más detalle. El otro ni fu ni fa —se encogió de hombros, y al hacer este gesto sacudió inconscientemente su puro y

un nuevo reguero de ceniza corrió por la pechera de su camisa.

Para Peter McIntosh, en cambio, lo del otro estaba tan claro como lo del apuñalado. Reconocía su cuerpo desnudo perfectamente. Era el de las fotografías indecorosas, indecentes, pornográficas, con él. Era ese tipo, sin lugar de dudas. Podía ser también el de la gabardina, pero de eso no estaba seguro porque realmente no se pudo fijar detenidamente en sus facciones. Por tanto, resumiendo, se trataba de los atracadores. Sólo faltaba la chica... y otro, el de la gabardina, caso de que éste no fuera el torturado.

—Por ello llamé en seguida a mi colega Garfield —continuó hablando el teniente de Homicidios—. Y en cuanto vino y los vio, estuvo de acuerdo con mis apreciaciones. Pero para asegurarnos más, fue a por usted.

—¿Qué dice, McIntosh? —preguntó seguidamente el teniente Garfield.

—Bueno... Pues sí... Lo que dice el teniente Murdock, sí... El apuñalado es el joven elegante del maletín...

—¿Está seguro?

—Sí, sí...

—¿Y el otro?

—No sé...

—¿Qué quiere decir?

—Ya dije que al de la gabardina no lo pude distinguir bien. No sé si se trata de él...

Lo que en realidad no sabía era si estaba obrando cuerdamente; es decir, en beneficio de su futuro porvenir, dada la dramática situación en la que se hallaba metido; cosa que le producía un desasosiego infinito.

¿Y los negativos? ¿Qué había sido de ellos?

—¿Han... han registrado el piso? —preguntó sin poderlo evitar—. Ya lo han hecho mis hombres —respondió Murdock.

—¿Por qué lo pregunta? —terció Garfield mirándole fijamente.

—¿Eh?

—¿Por qué lo pregunta? —repitió.

—Bueno... por si habían encontrado el dinero... Eso, por si habían encontrado el dinero, o alguna otra cosa interesante. Alguna pista.

—Nada —bufó disgustado Murdock—. Nada que nos revele que ellos han sido los atracadores. Por ello ha sido fundamental su identificación, McIntosh. Ahora ya tenemos algo a partir de lo cual trabajar. El teniente Garfield y yo colaboraremos juntos.

Garfield se limitó a cabecear.

—Entonces, ¿no han encontrado nada sospechoso?

—En absoluto.

¿Y los negativos? ¿Quién tenía los negativos? ¿El asesino de los atracadores? ¿Y quién era el asesino? ¡Oh, preguntas y más preguntas, sin ninguna respuesta!

Pero el teniente Murdock tenía una explicación para el caso, y ahora se la exponía a su colega:

—Creo que podemos hablar del tercer compañero en discordia. Un ambicioso que no está dispuesto a repartir, liquida a sus compañeros y se larga con todo el botín.

—¿Y por qué torturó a uno de ellos? —inquirió Garfield, quien cuidaba todos los detalles.

—Tal vez el torturado escondiera el dinero, y de ahí naciera la discusión entre los tres...

—Hummm —murmuró no muy convencido.

—Desde luego habrá que investigar más a fondo. Esto no es más que una hipótesis...

Peter McIntosh ya pensaba en la chica. ¿Podía ser la chica la tercera en discordia? ¿Podía ser aquella muchacha capaz de apuñalar a un hombre en el corazón y de torturar sádicamente a otro? Después de lo que había hecho con él, ¿por qué no?

—Bien. Esto es todo, McIntosh. Uno de mis detectives le llevará de nuevo a su casa.

Peter McIntosh no opuso nada a las palabras del teniente Garfield. Se despidió de los dos policías, poniéndose a su disposición para lo que quisieran, más por cumplimiento que por sentimiento sincero, y se marchó en compañía de uno de los detectives de la Brigada de Robos que ya conocía, pero del cual aún no sabía su nombre.

Cuando se bajó del coche, ya ante su casa, continuaba sin saberlo. Antes de subir al piso decidió comprar los periódicos y por ello se acercó al kiosco de la esquina. Tanto el *Milwaukee Journal* como el *Milwaukee Sentinel* se hacían eco del atraco al banco con

grandes titulares en primera plana. Su nombre aparecía en distintas columnas como uno de los principales protagonistas. Pensó que al día siguiente aún sería más conocido dada la informal rueda de prensa celebrada esa mañana.

Al fin subió al piso. Abrió la puerta y entró.

Fue al tirar los periódicos sobre una butaca cuando se dio cuenta que tenía visita.

Era ella.

La rubia y falsa Debra Wayne.

Ahora morena y con pistola.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VII

La pistola la empuñaba firmemente y apuntaba al cuerpo de Peter McIntosh.

Éste fue incapaz de reaccionar. Se quedó quieto, inmóvil como una estatua de piedra, mirándola fijamente. Sí, no se había equivocado. Era ella. La muchacha que había conocido como Debra Wayne. Ahora morena, con distinto peinado, otras ropas..., pero era ella. El día se estaba presentando de una forma tal que ya estaba perdiendo la capacidad de sorpresa.

Allí tenía ante él a la tercera persona en discordia, a la posible asesina de los atracadores. Con un arma en la mano, los ojos chispeando odio y las piernas cruzadas provocativamente.

Pero ¿por qué se había molestado en buscarle? ¿Por qué no había procurado poner la mayor cantidad de millas entre Milwaukee y ella? ¿A qué venía este golpe de efecto?

—He venido a matarte —dijo entonces ella, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—¿A... a matarme? —balbuceó Peter McIntosh.

—¡A matarte, sí! —rechinó los dientes.

El joven cajero dio un paso atrás. Ella descruzó las piernas y se puso en pie. Le apuntó a la cabeza.

—¡Espera! —aulló.

—Tengo prisa, canalla.

—¿Por qué? ¿A qué viene esto? ¿Encima soy un canalla?

—¡Basta de preguntas estúpidas!

—Estoy en vuestras manos, en estos momentos en las tuyas, he bailado a vuestro son... ¿por qué he de morir?

—Eres un puerco asesino.

—¿Cómo dices?

—Deja de hacerte el corderito infeliz. ¡Bien nos engañaste a todos!

—No entiendo nada.

—¡Mandaste asesinar a mis amigos!

—¡Eh, eh! ¿Qué tonterías dices, nena? ¡Yo no he mandado asesinar a nadie! ¡Sólo quiero esos cochinos negativos y que me dejéis vivir en paz!

—Niega, si así eres más feliz. Y muere.

—¡No!

—En el fondo, eres un cobarde.

—Por favor...

—¡Pero vas a pagar con la vida lo que tu matón hizo con Mike y Luke!

—Escúchame...

—No he venido a oírte, sino a matarte. Dejémonos de chácharas. Reza, si eres creyente.

Estás equivocada, muchacha. Acabo de enterarme de lo ocurrido a tus dos compañeros. La policía vino a por mí para que identificara los cadáveres.

—Y continuaste haciendo el papel de asustado cajero de banco. Pero conmigo eso no te vale. He tenido toda la noche para pensar. ¡Sólo tú eras el único, aparte nosotros tres, que sabías lo que iba a suceder!

—Oye, oye...

—En realidad no estabas tan atemorizado como nos quisiste hacer creer por teléfono. Averiguaste por medio de tu matón dónde nos encontrábamos, y él se presentó allí después del atraco dispuesto a recuperar los negativos y a que el dinero fuera vuestro. —¡No tengo los negativos ni el dinero!

—¡Mentira!

—¿Cómo te lo puedo demostrar? ¡Oh, los negativos! ¡Eso es!

—¿Qué?

—¿Tienes los negativos?

—No.

—Los tenían ellos, ¿verdad?

—Sí.

—¡Pues en el piso no estaban!

—¿Qué quieres decir?

—Si se hubieran encontrado en el apartamento de la *massacre*, ahora estarían en poder de la policía, y si así fuera, yo no me

encontraría aquí. Lógico, ¿no?

—¡Tu matón se los llevó anoche! ¡No trates de liarme!

—¡No tengo contratado matón alguno! ¡Puedes registrar mi piso y verás cómo no los encuentras!

—Los destruirías. Los quemarías.

—¿Y el dinero?

—El dinero está a buen recaudo.

—Lo tienes tú, ¿eh?

—¡Acabemos ya!

—¡Aguarda!

—¡Se terminaron las prórrogas!

—¡Yo no tengo nada que ver con esos asesinatos! ¡Tienes que creermelo!

—¡Tú eras el único que sabías algo de nosotros! De mí y de Mike, que fue el que posó en las fotos...

—¡Eh, ya lo tengo!

—¿El qué?

—¡El dinero!

—Oh, no vuelvas a eso otra vez.

—Si el dinero lo tienes tú, eso quiere decir que el asesino no lo consiguió.

—Evidente.

—Si el asesino era un sicario mío, ¿por qué no se quedó a esperarte, ya que deduzco que tú en esos momentos no estabas allí? ¡Yo sabía de tu existencia!

—No dices más que tonterías. Y esta vez has caído con todo el equipo. Precisamente el asesino estuvo esperándome hasta las tres de la madrugada. Al final se cansó y se largó con el rabo entre las piernas. Por tanto, está claro que era un enviado tuyo. ¡Tú mismo te has delatado!

Peter McIntosh se dejó caer a plomo sobre la butaca que había frente a ella.

—¡Quieto! —chilló la muchacha.

—Puedes hacer lo que quieras. Creo que he agotado mis cartuchos. Estoy metido en un juego de locos y no tengo escape. Pero lo más indignante de todo es que yo no me metí por gusto, sino que me metieron a la fuerza. ¡Y fuiste tú, con la colaboración de los dos muertos!

—No me vas a impresionar con ese tono de hombre vencido, resignado con su fatal destino. ¡Te voy a matar!

—¡Pues hazlo ya! —estalló él, completamente exasperado, en un tono suicida, provocativo—. ¿A qué esperas? ¿Qué te ocurre? ¿Tienes miedo? ¿Acaso no has matado nunca a nadie?

Ella dio la callada por respuesta.

—¡Vamos, dispara...! ¡Satisface tu deseo de venganza! ¡Dispara...!

En realidad, era la desesperación lo que le hacía decir eso y aceptar el trágico final. El asunto se había complicado y su porvenir era bastante incierto y negro. La policía por un lado, con el lince teniente Garfield a la cabeza, el misterioso asesino con los negativos por otro... y la chica con ideas homicidas completando el funesto cuadro. ¿Podía pedir más?

—Oye, ¿cómo te llamas realmente?

—Elizabeth.

—Bien, Elizabeth. Cuando quieras. En el fondo, me harás un favor. Estoy ya hartó.

Ella pareció dudar.

—¿Has matado alguna vez? —le preguntó de nuevo él.

—No.

La partícula negativa apenas se oyó en la pieza. Su diestra armada tembló por primera vez.

—Llegaste a ver a tus compañeros muertos, ¿no?

—Sí.

—Piensa en ello, entonces. Te será más fácil.

—No... no...

—¿No puedes? Te propongo algo.

—No hay trato.

—Yo también quiero dar con el asesino. El tiene los negativos. Colaboremos juntos. Tú vengas a tus amigos, yo recupero los negativos.

—No hay trato —repitió.

—Mira, Elizabeth. Cuando ideasteis el plan, supongo que antes de entrar en acción, estudiaríais mis reacciones. ¿Me crees capaz de organizar una *massacre* para recuperar los negativos?

—Por los negativos y por el dinero.

—¿Y por qué no he insistido en buscar el dinero? ¿Por qué ese

supuesto matón mío abandonó el piso de los muertos? ¿Porque se cansó? Me parece demasiado pueril. Tal vez cambiara de idea, tuviera otra mejor; tal vez no supiera tanto como tú crees...

—¿Qué te pasa? ¿Ya no tienes deseos de morir? Hace un momento...

Imagino que nadie desea morir, pero todos pasamos por instantes poco lúcidos y entonces... Por cierto, ¿te has dado cuenta que la pistola no lleva silenciador? Vas a organizar un ruido terrible. Conozco algo de armas. Las empleé cuando estuve en el ejército. Te cogerán antes de pisar la calle. No me extrañaría nada que hubiera policías de paisano vigilando el edificio. El teniente Garfield no se fía mucho de mí. Y posiblemente tengas que matar a más gente para abrirte camino.

—Esto me está cansando.

—A mí también. Dispara ya, acepta mi proposición o vete.

—¿No tienes miedo? Según me contaron, en el Banco las pasaste moradas...

—La verdad es que poco a poco va decreciendo mi temor y también mi angustia. He llegado a unos límites que ya me es imposible superarlos. Además, cada vez estoy más convencido de que no vas a disparar.

—¡Fanfarrón!

—Si estuvieras totalmente convencida de lo que piensas hacer, me habrías disparado a las primeras de cambio. Tú no deseas matar, Elizabeth.

—¡Quiero vengar a Mike y a Luke!

—Conmigo no lo harás. ¿Por qué no te sientas?

—¡Prefiero estar de pie!

—Bien. ¿Sabes ya lo que vas a hacer? ¿Estás segura de que yo soy el culpable? ¿Has pensado detenidamente en todo lo que te he ido diciendo?

Ella no dijo nada. Ni por un momento apartaba su pistola de la cabeza de él.

—No tengo unas pruebas concluyentes, demostrativas de mi inocencia, que ofrecerte. Aparte de las sugerencias que te he hecho, tal vez baste con mi forma de ser, yo mismo, mi sola presencia...

Elizabeth continuó callada. Le miraba como si tuviera taladros en los ojos y con ellos quisiera excavar en su cerebro para averiguar

la verdad.

—Oye, ¿sabes una cosa?

Silencio.

—Tengo hambre. Son las dos de la tarde y estoy sin almorzar. ¿Y tú?

—Olvida la comida —habló por fin.

—¿Por qué no almorzamos y luego continuamos con la discusión? Te pido lo que en una película de guerra se llamaría tregua. —Me has tomado por tonta.

—No, Elizabeth. Simplemente por una joven indecisa. Y además, quiero comer.

—No puede ser.

—Si supiera a ciencia cierta que me vas a matar, lo dejaría estar. Pero como posiblemente no lo hagas, ¿por qué he de perder una comida? Tú puedes seguir vigilándome con la pistola mientras la preparo. Sé cocinar.

—Aquí hay algo que no funciona bien —comentó ella no muy contenta consigo misma, haciéndole una indicación con la pistola para que echara a andar.

CAPÍTULO VIII

—¿Por qué no me lo cuentas todo desde un principio? —sugirió él, los dos ya en la cocina, mientras trajinaba con los cacharros y los alimentos—. A lo mejor puedo ayudarte...

—Bueno —se encogió de hombros ella, apuntándole todavía con la pistola—. Mike Lowell era de Columbus y lo suyo eran las apuestas y las carteras del prójimo. Luke Carson...

—¿Luke Carson? ¿No se llamaba Luke Riley? —le interrumpió Peter McIntosh.

—Hace ya mucho tiempo que ninguno de nosotros utilizaba su verdadero apellido. Luke Riley es como se dio a conocer aquí. En Saint Louis fue Luke Colfax, en Kansas City Luke Powell, etcétera...

—Comprendo.

—Como te decía, Luke Carson era de Indianápolis y los suyo eran los timos. Sabía un montón de ellos y todos los ejecutaba con gran acierto. Yo soy de Cincinnati y lo mío es la caza de ingenuos, ya entiendes. Los tres coincidimos hace más de un año en Springfield, Illinois, en seguida congeniamos, los tres éramos pillos de siete suelas, y decidimos unirnos, formando sociedad al treinta y tres coma treinta y tres por ciento. El negocio nos fue viento en popa. En cuanto una ciudad estaba demasiado exprimida, antes de que nos echara el guante la policía y tener que tocar el piano, nos largábamos. Y así llegamos aquí, a Milwaukee, Wisconsin. Fue cuando Mike pensó que debíamos realizar algo de mayor envergadura. El atraco a un banco. Pero de una forma original, limpiamente, sin violencia ni sangre, como era habitual en nosotros; utilizando nuestros trucos. Comenzamos a investigar cajeros de banco y al final dimos contigo. Un cajero joven y solitario que trabajaba en un banco sin vigilancia armada, En fin, el resto ya te lo puedes imaginar. Todo salió bien.

—¿Qué ocurrió después del atraco? —preguntó él al tiempo que

comían en la mesa del salón, frente a frente. La pistola se encontraba a una pulgada escasa de la diestra de ella, como un cubierto más.

—Yo les esperaba en un coche robado, una esquina más allá del banco. Dejé a Luke en su piso y a Mike en el nuestro. Nunca vivíamos los tres juntos para no llamar excesivamente la atención. Yo me dirigí entonces a la Estación Central. Abandoné el coche en las cercanías y guardé el dinero en uno de los apartados de alquiler que allí hay. Luego regresé andando al piso que ocupaba con. Mike. Lo encontré todo revuelto y no hallé a Mike por ningún lado. Un tanto alarmada me dirigí al piso de Luke, dos calles más arriba. Yo llevaba llave, pero antes de abrir pegué el oído a la puerta. No escuché nada. Me extrañó porque imaginaba que Mike, por alguna razón que yo entonces desconocía, había decidido reunirse con Luke, y me parecía un tanto raro que no se oyera una voz o un ruido, si estaban los dos allí dentro... Tomé una decisión de la cual luego me alegré mucho. Decidí recurrir a la escalera de incendios. Por ella llegué al ventanal que da al *living*. Aunque la persiana estaba echada, logré ver a través de una de las rendijas, gracias a la luz de la habitación. Lo que vi me llenó de horror. Mike y Luke estaban allí tirados, inmóviles, sangrantes posiblemente muertos. Y había un tercer hombre, grandullón, de facciones brutales, pensando silenciosamente. Esperaba a alguien, ésa es la impresión que tuve al momento. ¿A quién? ¿A mí? Eso me aterrorizó todavía más. Yo no tenía entonces ningún arma. Tampoco podía acudir a la policía porque entonces adiós dinero. Las horas fueron pasando lenta y angustiosamente, y el tipo continuó sentado en la misma butaca. Hasta las tres de la madrugada no decidió largarse. Entonces bajé a toda prisa y aún logré verle salir. Pensé en seguirle, pero al final lo dejé estar. Eran más importantes Mike y Luke. Tenía que saber exactamente qué les había ocurrido. Subí arriba y me encontré el horrible cuadro. ¡Estaban muertos! ¡Y Mike ferozmente torturado! Encontré la pistola de Luke en un cajón, pero no hallé por ningún lado los negativos tuyos, que tenía Luke. Eso hizo nacer en mí la primera sospecha. Luego pensé que sólo tú sabías lo del atraco, sólo tú tenías algunas referencias de Mike y de mí... y que posiblemente fueras más listo de lo que habías aparentado. Podías muy bien haber contratado un detective privado sin escrúpulos, de

esos que se venden por un puñado de dólares, para que diera con nosotros... Dormí en un parque público y al amanecer busqué tu casa. (Todos tus datos los teníamos desde que planeamos el atraco). Había demasiada gente en el portal, sobre todo periodistas, así que decidí esperar. Al fin ellos subieron arriba y cuando bajaron y desaparecieron, creí llegado mi momento, pero entonces apareció inoportunamente un coche policial, y de nuevo me volví atrás. Te vi salir, pensé en dispararte, pero temí fallar, no soy muy hábil con una pistola, lo reconozco, y además corría el peligro de que me atraparan los polizontes, por lo que cuando os fuisteis, haciendo uso de mi juego de ganchos, logré llegar hasta aquí. Y esperé.

—De todo esto podemos deducir algo: está claro que alguien conocía vuestros planes y decidió aprovecharse —comentó él, más tarde, mientras fregaba los cacharros ante la mirada vigilante de ella.

—¿Quién?

—¿No reconociste al tipo ese grandullón?

—No lo había visto en mi vida.

—¿No observasteis nada sospechoso durante el desarrollo del plan? Alguien que os vigilara, o algo por el estilo...

Ella negó con la cabeza.

—Esto es un enigma —dijo él mirando al suelo y procediendo a quitarse el mandil que antes se había puesto para realizar la fregada.

De pronto, el mandil salió lanzado hacia ella, y tras el trozo de tela fue él.

La cogió totalmente por sorpresa y no le fue nada difícil desarmarla, forzándole la muñeca armada. La pistola cayó al suelo.

El la tomó mientras ella soltaba un grueso taco y le miraba furibunda.

—¡Qué idiota he sido! ¡Lo sabía, lo sabía... y me he dejado sorprender!

—Vamos, Elizabeth...

—Era eso lo que te proponías. Desarmarme. ¡Por eso me estabas dando tanto palique!

—Estás equivocada.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué me apuntas con la pistola?

—Sólo quiero...

—¡Quieres matarme!

—¡Por favor, Elizabeth!

—¡He sido una imbécil! ¡Yo, que había empezado a confiar en ti...!

—Y puedes seguir haciéndolo. Sólo te ruego que dejes ya de apuntarme con ella.

Y así diciendo, Peter McIntosh tomó el arma por el cañón y le ofreció la culata.

Ella le miró como si no entendiera nada.

—Tómala —dijo él.

Elizabeth tendió su diestra tímidamente, sin mucha confianza. Al final sus bellos y delicados dedos tocaron la culata de la pistola. Se cerraron sobre ella. Tiró suavemente hacia sí y no encontró ninguna oposición. Los dos, hombre y mujer, se quedaron mirando fijamente, ella ahora apuntándole de nuevo a él con la pistola.

—¿Convencida de mi buena fe? —preguntó él con una amigable sonrisa en los labios.

—Sí —susurró.

—Entonces podemos seguir hablando...

—A mí ya no se me ocurre nada.

—¿Comentasteis lo del atraco con alguien?

—En absoluto.

—¿Con un conocido, tal vez?

—¡No tenemos conocidos en Milwaukee!

—¿Un amigo?

—¡Tampoco tenemos amigos en Milwaukee! Precisamente escogimos esta ciudad porque aquí no habíamos realizado aún ningún «trabajo», y también porque nadie nos conocía. Éramos completamente nuevos. —¿Seguro?

—¡Seguro, Peter!

—Hum. No lo entiendo. ¿Cómo pudo enterarse el matón ese del asunto?

—Ésa es la clave.

—¿Y si... y si donde estuvisteis «trabajando» la última vez hicisteis algún comentario al respecto, y alguien os hubiera seguido?

—No, no. Imposible.

—¿Por qué?

—La idea del atraco nació aquí. Ya te dije que fue de Mike.

—Está bien. Nadie lo sabía... O mejor dicho, sólo lo sabía yo.

—Por tanto —rió ella—, tú eres el culpable.

—Oh, no empecemos de nuevo.

—Esto sí es empezar de nuevo —comentó ella, ya en la cama, estremeciéndose con la penetración de él.

—Hay que terminar lo que dejamos a medias. Y ciertamente, tenemos mucho tiempo por delante.

—Ya sabes, Peter. Dame gusto o... —Le recorrió la columna vertebral con el cañón de la pistola.

No conozco a nadie que haya dicho «no».

CAPÍTULO IX

—Tú quieres encontrar al asesino para vengarte, yo quiero encontrarlo para recuperar los negativos, que suponemos debe tener él, a no ser que la policía me engañara. Es posible que él te siga buscando, es posible que no y piense en otra cosa. Lo cierto es que ninguno de los dos está muy seguro. Mientras ese tipo ande suelto por ahí y pueda encontrarlo la policía, nuestras cabezas peligran. Ambos hemos sido colaboradores en el atraco. Y él, el asesino, lo sabe.

—Resumes muy bien, querido —dijo ella dándole un sonoro bocado a la primera tostada con mantequilla del nuevo día; domingo.

—Pero lo malo es que no tenemos ni zorra idea de quién puede ser. Bueno, tú lo conoces de vista, sí, pero eso ayuda bien poco. En Milwaukee somos alrededor de los seiscientos cincuenta y cinco mil habitantes. Y si sales a la calle, corres el peligro de que él te vea primero.

—¿Entonces...?

—Tienes que seguir pensando —él le dio un sorbo a su taza de humeante café—. A alguien se lo tuvisteis que comentar. No cabe otra explicación.

—Ya te he dicho cien mil veces que no. Al menos, yo no. Y Mike y Luke, estando yo presente, tampoco. Si alguno de ellos lo comentó con alguien, sería cuando los otros dos no estábamos presentes. Además, ¿con quién?, si no tenemos aquí amigos y conocidos.

—Lo malo es que ya no podemos preguntárselo a ellos.

Ella compuso un gesto hosco y triste al recordar a los dos compañeros y amigos muertos. Dejó a un lado las tostadas y el café.

—No tengo apetito —dijo.

—Está bien. Yo tampoco.

Peter McIntosh se puso en pie y empezó a retirar las cosas de la

mesa. Ella continuó en su sitio.

—Creo que me voy a ir —dijo de pronto.

—¿Cómo? —Se sobresaltó él.

—Me marcho de Milwaukee.

—¿Así, de repente? Pero ¿no querías...?

—Sería como buscar una aguja en un pajar. Tú me lo has hecho comprender antes. Por otra parte, no puedo ir a la policía a denunciarlo, o a mirar sus álbumes de delincuentes para ver si lo identifico. Lo mejor es que me largue con el dinero, ahora que es aún tiempo. Dentro de un día o dos, cuando la policía sepa de mi existencia, puede ser demasiado tarde.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Sí. Es eso. Estoy segura.

—Está bien. Haz lo que quieras. No te puedo obligar. Tampoco te puedo asegurar nada, si te quedas a mi lado. No sé cómo diablos puede terminar todo esto. Tú puedes alejarte, yo no. Me tengo que quedar aquí, aguardando acontecimientos.

—En fin —se levantó ella del asiento—, voy a lavarme el pelo para quitarme el tinte.

—Entonces, ¿no eres morena?

—No.

—¿Rubia como aquella tarde?

—Tampoco, querido. El color de mi pelo es castaño... También me cambiaré la forma de peinado. Así, caso de que tuviera la mala suerte de que me viera el asesino, no me podría reconocer. En Milwaukee sólo he sido rubia y morena.

—Hay algo que debes saber, Elizabeth. Si te largas con el dinero, en cuanto la policía sepa de tu existencia, pasarás a la lista de reclamados. Te buscará hasta el FBI.

—Eso no me preocupa. Por ochenta y cinco mil dólares bien vale la pena arriesgarse. Además, por eso es por lo que he decidido largarme: para que cuando descubran mi existencia, estar ya bien lejos. Tal vez fuera del país.

—O. K.

—Y no tengas malos pensamientos, querido, guiado por tu alma de hombre honrado. El dinero es mío y no lo devuelvo. Recuerda que sigo teniendo la pistola.

—No te preocupes. Desde que comenzó esta pesadilla, estoy

aprendiendo muchas cosas. Por ejemplo, una que me enseñó mi director: al que roban es al banco, no a mí. Yo he de cumplir con mi trabajo y no preocuparme de más. Míster Kaplan es un hombre muy práctico, con un sentido del deber hasta ahora desconocido para mí. Pero es cierto. ¿De qué sirve dejarse matar, o incluso matarse, por una empresa?

La pregunta quedó flotando en el aire, entre los dos, y sólo salieron de la abstracción cuando sonó el teléfono. La mirada de ambos se dirigió entonces hacia el aparato. Al fin Peter McIntosh descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¿Peter McIntosh?

—Al habla.

—Me alegra encontrarle en casa.

—¿Quién es?

—Mi nombre no importa.

¿De qué le sonaba esa respuesta?

—Bien. ¿Qué quiere?

—Tengo algo importante que decirle.

—Dígalo ya.

—Deseo hacerle saber que ciertos negativos comprometedores han pasado de manos.

—¿Cómo?

—Ahora están en mi poder.

—¿Quién es usted?

—Parece tonto. Le dije que eso no importa. Escúcheme bien, McIntosh: yo tengo esos negativos y quiero algo a cambio de ellos.

Peter McIntosh notó cómo su pulso se aceleraba. Nuevamente comenzaba la pesadilla. Y todo era estúpidamente igual. Bueno, no; había una diferencia: ahora no trataba con pillos de siete suelas, como había bautizado al trío Elizabeth, sino con un asesino. Con un sádico asesino del que conocía muy bien su obra. ¿Qué quería?

—Vamos a atracar el banco.

—¿Quééé?

—Oyó bien, McIntosh. Vamos a atracar el «Hunter Bank». Usted y yo.

—¡Está loco!

—Nadie imaginará un nuevo atraco a los pocos días. Será fácil.

—¡Pero ahora sí que todas las sospechas recaerán sobre mí!

—No, hombre. ¿Por qué? ¿Va usted a ser tan idiota de colaborar en dos atracos seguidos contra su propio banco?

—¡Por eso mismo mi respuesta es...!

—Recuerde los negativos, McIntosh. Por cierto, lo hace usted muy bien.

—¡Cerdo!

—Bien Dejemos a un lado las provocaciones y vayamos al asunto. Todo será como en el anterior atraco. Le doy un día, el lunes, para que vaya reuniendo dinero en la caja. El martes será el golpe. El miércoles, si todo sale bien, le devolveré los negativos. ¿Entendido?

Peter McIntosh no respondió por el momento. Un fuerte nudo en la garganta le impedía hablar.

—¿Entendido? —repitió el otro.

—Sí —dijo al fin, cerrando los ojos.

—¡Magnífico! —exclamó el asesino—. Y no intente jugármela, McIntosh, porque será hombre perdido. Llevaré una pistola y usted será el primero en caer como encuentre algo anormal el martes al entrar en el banco. Además, voy a escribir una confesión en la que contaré todo, incluyéndole a usted. Si a mí me pasa algo, la policía hallará esa contestón en mi casa. Esta usted doblemente comprometido, no olvide eso. Por un lado los negativos y por otro el atraco.

—Y cuando colabore con usted, estaré triplemente comprometido.

—No —rió el asesino—. Seguirá doblemente comprometido, ya que habrá recuperado los negativos. Pero no se inquiete, a ninguno de los dos nos convendrá hablar de los atracos. Yo me habré largado con el dinero y usted seguirá en su puesto como si nada. Tal vez con un poco de fama de gafe, pero nada más.

—¿Por qué... por qué mató a los otros?

—Trataron de engañarme. Además, me había dado a conocer y no podía dejar atrás enemigos.

—Usted debió llevarse el dinero —hizo el papel de ingenuo—. Según la policía, allí en el piso, no había nada. ¿Para qué quiere más? ¿Por qué va a arriesgarse?

—Yo no me llevé el dinero, McIntosh.

—Pero si ellos...

—Ya le dije que trataron de engañarme.

—¿Cómo fue?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Curiosidad.

—Está bien. Le complaceré. Así se dará cuenta que no conviene jugar conmigo. Me presenté en el...

—Pero ¿cómo supo del asunto? —le interrumpió McIntosh.

—Eso no viene al caso. Y no me vuelva a cortar, porque sólo le contaré lo que me interese. Me presenté en el piso de uno de ellos, el tal Mike. Le pregunté por el dinero, que era lo que me interesaba, y, me respondió que lo tenía el otro. Fuimos al piso de su amigo, un tal Luke, siempre yo apuntándole con mi pistola. Allí intentaron jugármela. El tal Mike sólo había pretendido llevarme ante su amigo para ver si así, entre los dos, había una posibilidad de sorprenderme. Noqueé a Mike con la culata de mi pistola y a Luke intenté arrebatarle el estilete que se sacó de la manga, el muy pillo. No disparé porque no quería aún matarlos; no me habían dicho dónde estaba el dinero. En la lucha, Luke se llevó la peor parte y acabó clavándose él mismo, con mi ayuda, claro, su propio estilete en el corazón. Luego desnudé a Mike, lo até y amordacé, y mientras se recuperaba registré el piso, no encontrando el dinero, como igual me había sucedido en el otro piso. Una vez se recuperó del golpe, comencé el juego. Era duro de pelar, apenas soltó prenda, así que toreé la cosa... y se me quedó tieso a media faena. Ya tenía en mi poder los negativos de usted, pero todavía seguía pensando en el dinero. Estaba claro que me había equivocado. Quien debía tener el dinero era la chica. Decidí esperar a ver si aparecía. Pero no vino por allí. Tampoco tuve suerte. Así que di por perdido el dinero y pensé más detenidamente en la nueva forma de obtenerlo que había planeado antes, durante mis horas de espera.

—Que consiste en aprovechar esos negativos, utilizándome de nuevo.

—Así es. Quiero dinero y usted va a proporcionármelo.

—Hay algunos puntos oscuros en su historia...

—Ya le dije que sólo le contaría lo que me conviniera. Usted límitese a recordar a los dos fiambres...

—Tiene un gusto que tira de espaldas.

—Y no se olvide: el martes por la mañana será el golpe. Téngame un mínimo de cincuenta mil dólares. No volveré a llamarle. Esto es todo. Usted ya sabe cómo ha de comportarse; tiene experiencia. Sabrá quién soy cuando le entregue el cheque con las frases de rigor. Adiós.

—¡Espere!

Pero el otro ya había colgado.

—¿Qué ocurre exactamente? —preguntó entonces Elizabeth, acercándose a él, su bello rostro un tanto alarmado.

—Era él.

—¿El?

—El asesino.

—¡Oh!

Y a continuación Peter McIntosh le explicó a grandes rasgos todo lo que le había dicho el otro.

—Nuevamente soy un monigote gracias a esos malditos negativos —finalizó diciendo.

—¡Acabaré con él!

—¿Qué tonterías dices? ¿No ibas a irte?

—Ya puedo saber quién es.

—¿Cómo?

—El martes le esperaré a la salida del banco. Entonces...

—Y yo, ¿qué? Los negativos, la confesión, todo irá a parar a manos de la policía. Estaré perdido.

—Lo siento.

—¿Cómo que lo sientes? ¡Me hundirías!

—No puedes hacer nada, Peter.

—Tú no...

—Tendrías que deshacerte de mí, y sólo hay dos formas.

—¿Cuáles?

—Matarme... lo que te convertiría en un asesino.

—No.

—O denunciarme... lo que equivale a denunciarte a ti mismo.

—Puedo retenerte aquí hasta que...

—Recuerda que soy yo la que tiene la pistola.

—Ya salió la condenada pistola. Elizabeth, no puedes hacer eso. ¡Además de ser una ladrona, te convertirías en una asesina! ¡La policía te perseguiría por doble causa! ¡Y lo haría con más saña!

—¿Lo dices para que no te perjudique?

—No sólo por eso. Te tengo afecto, Elizabeth. Lo sabes. No quisiera verte acabar mal. Ni tampoco quiero yo acabar mal. Debemos intentar salvarnos los dos.

—Iba a abandonar Milwaukee porque no veía la forma de vengar a Mike y a Luke. Pero ahora sí la veo...

—Tiene que haber otra forma.

—Bueno, si la encuentras de aquí al martes por la mañana...

—Ese hombre tiene que ser algún conocido vuestro. Sabía de vuestros planes, sabía dónde vivíais, sabía de tu existencia...

—Por ese lado no hace falta que sigas calentándote la cabeza. Ya hablamos y discutimos de ello antes.

—Pues estamos apañados.

—Tal vez de la policía con él antes del martes.

—Eso no me tranquiliza en absoluto. Sería también nuestro final. El tipo hablaría largo y tendido. O si lo matan, encontrarán los negativos y la confesión.

—Entonces sólo se me ocurre una cosa: matarle y robarle los negativos y la confesión.

Peter McIntosh se quedó pensativo, reflexionando. Al final cabeceó, asintiendo, y agregó:

—Pero ¿cómo... si no sabemos quién es?

CAPÍTULO X

—¿No me das un beso de despedida? —preguntó ella desde la cama, cuando él ya se iba a marchar al trabajo.

—Sí. Perdona. Estoy pensando en otras cosas.

Se acercó a ella, quien alargó los brazos enroscándolos a su nuca. Hizo fuerza con ellos y fue levantándose poco a poco, dejando que la sábana resbalara hacia abajo, hasta que su rostro quedó muy cerca del de él.

—Estás obsesionado, cariño. Toda la noche te la has pasado haciendo comentarios sobre el asunto. ¿Sabías que hablabas en sueños?

—Hum —se encogió de hombros—. Debe ser por la tensión en la que me encuentro.

No hallo una solución a nuestros problemas.

—Bésame —cerró ella los ojos, ofreciéndole su pulposo hociquito.

Lo hizo.

—No abras a nadie —dijo él cuando se separaron.

—*Okay*, cariño. Aprovecharé la mañana para destintarme el pelo, ya que no lo hice ayer.

—Bien. Hasta la tarde.

Le dio un nuevo beso y luego se fue.

En el trabajo, la primera parte de la mañana transcurrió con normalidad. Hacia el mediodía le llamó el director a su despacho.

—Buenos días, míster Kaplan. —Buenos días, McIntosh—. ¿Qué desea?

—Siéntese, por favor.

Obedeció al ruego.

—¿Y bien? —preguntó, impaciente.

—El sábado tuve una reunión con la Junta. Se discutieron diversos puntos. Uno le afecta a usted.

—¿A qué se refiere? —La voz le tembló un poco. ¿Iban a bajarle del escalafón... o a echarle? Otra vez su maldito sentido de la culpabilidad.

—Tengo esto para usted. Acaban de traerlo.

Y así diciendo, el director del banco abrió un cajón de la mesa y sacó un revólver, con el que apuntó a su cajero.

Peter McIntosh respingó en el asiento.

—No se asuste —rió míster Kaplan.

—No... no entiendo...

—Verá... Por mucho que discutí con los de la Junta, no conseguí que aceptaran contratar unos vigilantes armados. Parece ser que el atraco no les ha alarmado demasiado. Allá ellos. Al final se acordó esto —sopesó el revólver—. Un arma para usted.

—¿Un arma para mí?

—Eso es. La casa la paga y la pone a su disposición. Por supuesto, no para su uso personal, sino para la defensa de los intereses para los cuales usted trabaja. Este revólver nunca saldrá del banco.

—Pero yo...

—¿No sabe manejarlo?

—Bueno, supongo que sí. Cuando estuve en el Ejército manejé algunas pistolas. No es tan difícil.

—Yo, de todas formas, le aconsejo que no lo utilice. Recuerde lo que le dije el otro día. A nosotros nos pagan por trabajar honradamente, no para hacer de héroes de película.

—Sí, sí.

—No estoy muy de acuerdo con esta medida, pero... En fin, lo guardará en un cajón, a mano.

—Conforme, míster Kaplan.

—Bien. Aquí tiene. Va cargado.

Peter McIntosh tomó el revólver con cierto temor y notó una especie de vacío en el estómago.

—Puede retirarse, McIntosh.

El resto de la jornada de trabajo la pasó pensando en la forma de escapar del embrollo en que se encontraba metido, hallar alguna salida para Elizabeth y para él. Creía a la muchacha capaz de hacer lo que le había explicado la tarde anterior. Había empezado a tomarle afecto, cariño, como ya le había confesado, y no quería

verla terminar mal. Por otra parte, tampoco él quería acabar entre rejas.

Al final, sin haber encontrado ninguna solución, apesadumbrado, retornó a su casa.

Cuando llegó al rellano de su piso se dio de narices con la humanidad del teniente Garfield. Y sobre todo con sus temibles y astutos ojos.

—Buenas tardes, McIntosh.

—¡Hola, teniente! —saludó en voz alta con toda la intención del mundo. Esperaba que Elizabeth le oyera y corriera a esconderse. Estaba claro que el teniente Garfield venía en plan de visita, por lo que tendría que pasarle al interior—. ¿Qué hay, teniente?

—Ha habido novedades y he decidido pasarme a comentárselas. Esperaba que ya estuviera en casa. Como al llamar nadie abrió, opté por aguardar.

—Muy bien, teniente. Pasemos adentro.

Se entretuvo un poco más en encontrar la llave y por fin abrió la puerta.

Llegaron al *living* y el teniente tomó inmediatamente asiento. Peter McIntosh se quitó la chaqueta y la dejó sobre una silla. Respiró satisfecho al no ver a Elizabeth, ni tampoco ningún objeto que pudiera delatar su presencia en el piso. Se había comportado como una chica lista.

—¿Quiere tomar algo, teniente?

—No, gracias.

Peter McIntosh se sentó frente al policía.

—Bien. ¿Cuáles son esas novedades?

—Hemos hallado a la supuesta tercera persona en discordia.

—¿Cómo? —Se removió inquieto.

—¿No se acuerda que hablamos con el teniente Murdock de un posible tercer socio? —Ah, sí.

—Pues ya lo tenemos.

—¿Quién es?

—Una joven.

Le temblaron las piernas. Por un momento pensó que ya habían sido descubiertos y que Elizabeth estaba siendo interrogada en las dependencias del Police Department.

—¿Y... y la tienen?

—Bueno, no exactamente. Estamos tras su pista.

—Ah.

—Ayer conseguimos averiguar quién era el otro muerto. Resultó que vivía dos calles más arriba, en compañía de una joven. Como el anterior, se trataba de un piso de alquiler. La pareja dijo llamarse Mike Colbert y Elizabeth Simpson. Encontramos el apartamento todo revuelto. Y el maletín.

—¿El maletín? —Frunció el ceño.

—Sí, pero sin el dinero.

—Oh.

—Nos vamos acercando, si se da cuenta.

—Ya veo. ¿Y la joven?

—Tenemos ya su descripción. Morena, alta, bella, entre los veintidós y los veinticuatro años aproximadamente, uno setenta y cinco más o menos de estatura, buen tipo... Es de imaginar que usted no la conoce.

—¡Qué cosas tiene usted, teniente! ¡Por supuesto que no!

—Está claro que los tres intervinieron en el atraco.

—Yo sólo vi a ellos dos.

—Ella debía encontrarse fuera, en un coche, supongo. Aún no hemos encontrado ningún testigo, ni creo que lo encontremos ya, una pena. Pero es lo lógico en estos casos. No iban a huir andando.

—Sí.

—De todas formas, yo no pienso como el teniente Murdock.

—¿Qué quiere decir?

—El teniente Murdock piensa que encontrando a la chica ya está todo solucionado. Ella es la que los mató y se llevó el dinero.

—¿Y no es así?

—Yo creo en la existencia de un tercer hombre.

—El tercer hombre... —rió nerviosamente Peter McIntosh—. Eso suena a película.

—A película, a novela... y a realidad. He estudiado el informe del forense, ¿sabe? Mike Gelbert fue golpeado fuertemente en la cabeza y luego torturado salvajemente, falleciendo a causa de un *shock*. Luke Riley murió atravesado con un estilete, apreciándosele algunas contusiones en el cuerpo, como si hubiera luchado... Por otro lado, nuestros detectives encontraron en la manga derecha de Luke Riley un mecanismo oculto para guardar un estilete y que éste

salga a un movimiento de la muñeca. Así pues, el estilete era suyo, no del asesino. Por tanto, para mí está claro que luchó con su matador, y éste logró vencerle, clavándole su propio estilete. Se me hace muy difícil creer que una joven pudiera hacer todo eso con dos hombres jóvenes y fuertes. ¿No le parece a usted todo demasiado brutal para ser obra de una joven que era amiga de ellos?

Bueno, yo... ¿qué quiere que le diga?

Más bien parece la obra de un hombre dispuesto a todo, ¿no?

Peter McIntosh se encogió de hombros. El teniente Garfield sonrió.

—Por otro lado, acerca de esos nombres nadie sabe nada, ni el FBI. Mike Colbert, Luke Riley, Elizabeth Simpson... Pudieran ser falsos. Es extraño que no encontráramos los documentos de los muertos. ¿Para qué los querría el asesino?

Peter McIntosh volvió a encogerse de hombros. El juego del teniente le estaba empezando a poner nervioso.

—Tampoco las huellas de los muertos nos han podido proporcionar datos acerca de ellos. No estaban fichados. Gente nueva, por tanto.

—Lamento no poderle ayudar, teniente. En lo más que podía colaborar con ustedes era en identificar a los dos atracadores. Ya lo hice. Están muertos desgraciadamente. El resto es cosa de ustedes.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué ha venido a contarme todo esto? ¿Qué tengo yo que ver?

El teniente Garfield dejó correr unos segundos de estudiado silencio.

—La verdad es que yo no veo muy clara su actuación, McIntosh —dijo al fin.

—¿Está insinuando que yo puedo ser ese tercer hombre?

—No.

—¿Entonces...?

—No entiendo por qué tardó tanto en dar la alarma. He consultado las declaraciones de los testigos. Cuando usted se puso a gritar y a tocar el timbre, de los atracadores ya no había rastro. Parece como... «como si les hubiera dado tiempo».

—Estaba asustado, paralizado, era la primera vez que me enfrentaba a una cosa así —trató de ser convincente—. Supongo

que usted hubiera actuado de forma distinta. Pero también es cierto que nuestro oficio es diferente.

El teniente Garfield no dijo nada.

—¿Qué hubiera preferido usted? —Machacó sus argumentaciones Peter McIntosh, ya que el otro se lo permitía—. ¿Verme muerto sobre el mostrador de «Caja»? Sí, claro. Así seguro que ya no habría sospechado de mí, ¿verdad?

—Está bien —chasqueó la lengua el policía—. Dejémoslo estar.

Se puso en pie y Peter McIntosh le imitó. Ya en la puerta, como despedida, dijo el teniente:

—Nos volveremos a ver, McIntosh.

—No se preocupe, teniente. Si hay una segunda vez, ya sé lo que tengo que hacer para quitármelo de encima. Jugar a los héroes. Así, bien recibiré una medalla, bien una corona de flores.

El teniente Garfield compuso una mueca, dijo «adiós» y se alejó escaleras abajo.

Peter McIntosh cerró la puerta y regresó al *living*.

—¡Elizabeth! —llamó.

Ella no tardó nada en salir del dormitorio.

—¡Qué susto he pasado! —Fue lo primero que dijo, arrojándose a los brazos de él—. En cuanto llamaron a la puerta, me asomé por la mirilla. Lo vi y decidí no abrir. Pero el tío continuó ahí, en el rellano, impertérrito.

Ese teniente es un pesado. Y lo malo es que no va desencaminado. ¿Escuchaste todo?

Más o menos.

—Hay algo que no me contaste, querida. ¿Fuiste tú quien le quitó la documentación a los muertos o fue el asesino?

—Fui yo. Lo hice porque pensé que así haría más difícil la labor de la policía. Y en cierto modo lo he conseguido. Sólo saben nuestros nombres falsos. Tal vez nunca sepan los auténticos. No estábamos fichados en ningún sitio... ¿Cómo te fue el día?

El le hizo un breve relato.

—Entonces, ¿ninguna nueva idea? —preguntó ella al final.

—No.

—Tendré que hacerlo a mi modo.

—¡Elizabeth!

—¿Qué?

—Olvida eso. Yo... yo quería pedirte que te quedaras conmigo. Juntos podemos iniciar... —¿Te ha dado la vena romántica, cariño?

—Estoy hablando en serio. Tratemos de salir de ésta y unamos nuestras vidas Te quiero.

—¿A pesar de lo que he sido?

—Sí.

—¿Hablas sinceramente?

—Sí... ¡Oye!

—¿Qué?

—¡Tu pelo!

—Vaya, por fin te das cuenta. ¿Eso es lo que te fijas en mí? Has tardado una eternidad. —Me gusta el color de tu pelo, Y ese nuevo peinado. Me gustas toda tú. Te amo, Elizabeth.

La estrechó contra sí y la besó en los labios, primero delicada y suavemente, acariciándolos, para al final terminar con un beso profundo.

—Aún no sabes todo de mí —dijo él cuando se separaron—. Por cierto, he de telefonear a Doris.

—¿Doris?

—Es... es mi amante, dicho claramente. Pero nada serio. Es una unión puramente sexual. Los dos lo sabemos. Había quedado con ella para esta noche.

—Vaya, vaya.

—La voy a telefonear.

Ella se desprendió de él y caminó hacia la ventana. Peter McIntosh se acercó al teléfono. Descolgó el auricular y marcó el número de Doris Farrow.

—¿Doris?

—¡Peter! —le reconoció en seguida ella.

—Yo soy, en efecto. Te llamaba para decirte que no podré ir esta noche como habíamos quedado. Lo siento.

—Precisamente ahora iba yo a llamarte para lo mismo, cariño. Tengo un compromiso de última hora.

—Bien. Entonces no hay problema. Nos veremos otro día, ¿eh, Doris?

Por supuesto. Tienes que contarme lo del atraco. No me olvido de ello.

Lo haré, sí.

—He escuchado todos los noticiarios y he devorado todos los periódicos, pero estoy deseosa de oírlo contar en la voz de uno de los protagonistas.

—Muy bien, Doris.

—Además, ya me he enterado que han aparecido muertos los dos atracadores. Fue la gran noticia de ayer en los medios de comunicación.

—Sí, Doris.

—Y los identificaste tú.

—Ajá.

—Debió ser terrible.

—Bastante, sí.

—¡Oh, me lo has de contar todo!

—Bueno, Doris. Esto ya se está alargando demasiado. Adiós.

—Hasta otro día, Peter.

Y fue al colgar el auricular cuando aquel grito alarmante brotó de la garganta de Elizabeth:

—¡¡PETER!!

—¿Qué ocurre? —corrió hacia la ventana.

—¡Es él! ¡El asesino! ¡Míralo!

Elizabeth señalaba con un dedo tembloroso hacia la acera de enfrente. Peter miró, palideciendo inmediatamente.

—Te debe estar vigilando, paseándose por aquí... —No, querida. No está vigilando.

—¿Qué quieres decir?

—Ese hombre camina hacia un lugar determinado. Y yo sé adónde.

—¿Cómo? ¿Acaso... lo conoces?

—Sí, de vista —asintió, mientras su mente cavilaba a toda máquina, obteniendo muchas respuestas hasta ahora desconocidas —. Es uno de los amantes de Doris Farrow. Creo que se llama Brian.

CAPÍTULO XI

—Va a casa de su amante. Por eso ella me ha dicho que tenía un compromiso. Tal vez vayan a ultimar lo de mañana. ¡Malditos sean! ¡Qué idiota he sido!

—No entiendo nada.

—Ahora todo está mucho más claro, querida. No fue ninguno de vosotros tres quién se fue de la lengua.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Acaso lo comentaste con ella?

—No adrede. Pero tú lo dijiste esta mañana. Hablo durmiendo. Sobre todo si estoy preocupado.

—Y así lo supo ella. En la cama.

—Mucho me temo que sí. A partir de aquí podemos empezar a imaginar los puntos oscuros con bastantes probabilidades de acertar. Doris debió comentar el asunto con este tipo, hombre violento, bueno para la cama, como ella lo definió, pero también bueno para el crimen.

—¿Y...?

—Pienso que él haría lo que tú quieras hacer mañana. Se situó frente a la puerta del banco, con toda seguridad en un coche, y esperó a ver salir a dos tipos sospechosos con maletín...

—Un poco arriesgado, me parece. Nadie de los que estaban en la calle se fijó en nosotros.

—Ten en cuenta que él «sí» sabía lo que iba a suceder. Jugaba con ventaja sobre los demás, meros transeúntes.

—Ya. Sigue.

—Los vio subir al coche contigo y comenzó la persecución, Primero fuisteis al piso de Luke y éste se bajó...

—En efecto.

—Pero él decidió continuar tras el coche. Luego llegaste al piso

de Mike, y fue éste quien descendió...

—Sí.

—Y entonces decidió quedarse allí y no seguirte. ¿Por qué?

—Creo que tengo la respuesta.

—A ver.

—Mike se bajó del coche con el maletín del dinero.

—Pero el dinero no iba con él.

—Así es. Lo cambiamos durante el trayecto a una bolsa de deporte, que fue lo que deposité en el apartado de la Estación Central.

—El creyó que Mike llevaba el dinero y por eso no fue tras de ti. Subió al piso de Mike, le sorprendió, descubrió el maletín vacío, registró el lugar, y al final Mike le convenció, no sabemos cómo, de que lo tenía el otro, Luke. Como el tal Brian conocía su existencia y su dirección, estuvo de acuerdo en un principio y no sospechó lo que el otro en realidad se proponía...

—Luego vino la pelea, la muerte de Luke, la tortura de Mike...

—Y él, Brian, se dio cuenta de que había hecho el payaso. El dinero lo debías tener tú. Pero ¿cómo localizarte? Decidió esperar allí un tiempo prudencial, junto a los dos muertos, pero al final se cansó y se fue. Se pasó por el otro piso, pero nada, no te encontró. Como había hallado los negativos que me comprometían, optó por repetir el atraco para así sacar el dinero con el que había soñado.

—Sí, ya está todo más claro. Pero ¿qué vamos a hacer? Sabiendo lo que ya sabemos, ¿cuál es nuestra salida?

—Sinceramente, no lo sé.

—¿Cuál es la dirección de esa Doris?

Se la dio.

—Pues yo ya sé lo que he de hacer —dijo ella gravemente.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a por él.

—¡Elizabeth, no puedes...!

—Sí puedo.

—No lo consentiré.

—Apártate —sacó a relucir la pistola que siempre llevaba consigo, en Un bolsillo de su vestido.

—Elizabeth, te perderás...

—No me atraparán.

—Creí que pensabas en los dos, que aceptabas mi proposición de vivir juntos, de... —Es todo muy bonito, Peter pero imposible. Las cosas bonitas no duran. Lo sé por experiencia. Apártate y déjame salir.

—Por favor, Elizabeth...

—No te preocupes, cariño. Tal vez le consiga antes arrancar dónde esconde esas pruebas comprometedoras que tan asustado te tienen.

—No hablo por mí, sino por ti. ¡No quiero que me dejes! ¡Tampoco quiero que te conviertas en una mujer perseguida por la ley!

—Olvídame.

—Estará también Doris. ¿Qué harás con ella?

—Si no molesta, nada.

—Ella también lo sabe todo.

—A un lado, Peter.

—Piensa fría y detenidamente, y te darás cuenta que lo que intentas es una locura.

Ella se acercó un poco más a él.

—No me obligues, Peter.

—No, no puedo dejarte hacer eso...

Fue entonces cuando la mano armada de ella se movió a una velocidad inusitada, alcanzando la cabeza de él. Peter McIntosh, tremendamente sorprendido, puso los ojos en blanco y cayó sobre el suelo.

Ella se apresuró a salir.

Hay sucesos imprevisibles.

Christopher Farrow tenía una buena representación. Lo suyo eran los accesorios para cocina. Tenía a su cargo nada menos que cinco condados: Milwaukee, Racine, Walworth, Kenosha y Waukesha, y soñaba con otros dos, los del norte, Washington y Ozaukee.

Aquella semana tenía previsto recorrer de punta a rabo los condados de Kenosha y Walworth, colindantes con el vecino estado de Illinois.

Cuando alcanzó el pequeño poblado de Parris, en el condado de Kenosha, e hizo la primera visita del día, se dio cuenta con fastidio que había olvidado en Milwaukee el último catálogo recibido el

sábado anterior dónde iban los nuevos modelos, y también los nuevos precios, lo más importante.

Para no perder totalmente el día, como sería el caso, de regresar en seguida a Milwaukee, durante el trayecto de retorno hizo algunas paradas en pueblos como Union Grove, Yorkville, Franksville, Racine, todos ellos en el condado de Racine, con el fin de tantear a la clientela. Así fue como llegó al anochecer a su piso de la West St. Paul Avenue.

Mientras subía en el ascensor, pensaba sonriente en la sorpresa que le iba a dar a su esposa. Ni siquiera la *había* telefonado diciéndole que regresaba. Quería sorprenderla. Sería divertido.

Sí, muy divertido.

Abrió y cerró la puerta con sigilo, y caminó hacia el interior de la casa como un chiquillo travieso dispuesto a disfrutar de lo lindo con la travesura.

No la encontró en el comedor, ni en el despacho, ni en el cuarto de aseo, ni en la cocina, ni en la galería que daba a la escalera de incendios, en la parte posterior del piso...

Cuando llegó ante la puerta del dormitorio, oyó las risas.

Risas de un hombre y de una mujer.

De su esposa.

De Doris.

Se quedó con la mano engarfiada en el pomo de la puerta, envarado, tieso, perdida ya toda idea de diversión. Una nube de sangre le llegó súbitamente a la cabeza. La ira inundó su pecho. Las risas continuaban y para él eran como puñaladas. Sentirse burlado por su mujer cuando todas las semanas se la jugaba en las carreteras del estado para poderle proporcionar cada capricho, le hizo perder de pronto la noción de raciocinio. Pensó en las otras muchas ocasiones que lo habría hecho, pensó en él mismo, sudoroso y hastiado por aquellas carreteras secundarias, en hoteluchos de mala muerte, soportando verborreas estúpidas de clientes aún más estúpidos, pero clientes al fin y al cabo...

Cuando abrió la puerta del dormitorio —ni siquiera se había dado cuenta que había perdido unos minutos yendo y viniendo de la cocina—, no iba solo. Un cuchillo de hoja dentada le acompañaba en la mano derecha.

Doris Farrow y su amante rebotaron en la cama, asombrados por

aquella inesperada visita. Tal fue la sorpresa de ella, que se sintió incapaz de pronunciar palabra alguna.

—¡Mala puta! —rugió como un loco Christopher Farrow tras verlos unidos y desnudos, abalazándose sobre la cama, sobre ellos, con el cuchillo en alto.

Los dos cuerpos se separaron. Brian, el amante, logró saltar de la cama, gracias sobre todo a que Farrow la buscaba a ella.

El cuchillo se clavó con ferocidad entre los pechos de Doris Farrow, mientras su esposo soltaba los más obscenos tacos. Desenvainó rápidamente el cuchillo y buscó con su mirada febril, demente, a Brian.

Éste se encontraba de pie, empuñando una pistola con silenciador acoplado.

—¡Suelte ese cuchillo! —le ordenó acercándosele.

Christopher Farrow no le hizo caso. Se tiró sobre él como un toro ciego. Brian le esquivó, exclamando:

—¡Estúpido!

Al mismo tiempo le arreó una patada en las posaderas y Farrow perdió el equilibrio y el cuchillo.

Brian tomó entonces con la zurda su *braslip* y luego empuñó el cuchillo para así evitar las huellas. Se fue aproximando lentamente al caído.

—¡Póngase en pie!

Lo hizo, los ojos inyectados en sangre, las aletas de la nariz y los labios palpitando.

—¡A la cama!

Lo hizo, trastabillando, asustado.

—¡Allí tiene lo suyo!

Y sin ninguna piedad le metió el cuchillo en el estómago hasta la empuñadura. Farrow abrió la boca, y soltó una bocanada de sangre. Se retorció sobre la cama.

Entonces Brian se acercó a la moribunda Doris. Ésta le miraba con ojos extraviados.

—... Ayú... da... dame, ca... ri... ño... —balbuceó.

—Ven —tomó su mano derecha con delicadeza, sonriéndola, y la aproximó y la aproximó a la empuñadura del cuchillo que sobresalía por encima del estómago de su esposo.

—Nnnnoooo...

Pero no tenía tuerzas para impedirlo. Brian la forzó. Las yemas de sus dedos tocaron la empuñadura del cuchillo.

—Un... mé... di... co...

—Lo tuvo no tiene solución, encanto. No podrás disfrutar del dinero conmigo, largándonos por ahí como habíamos pensado. Hasta nunca.

Brian se vistió rápidamente, salió a la galería y se largó por la escalera de incendios, procurando que nadie le viera.

Hay sucesos imprevisibles, sí.

Lo primero que sintió cuando volvió en sí fue la caricia de una mano femenina. Abrió los ojos, parpadeando, y la vio.

Elizabeth.

—¿Lo hiciste? —preguntó con voz débil.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué... qué ocurrió?

—Cuando llegué arriba, por la escalera de incendios, después de enterarme del piso y la puerta por la plaquita del panel del interfono, él ya se había ido.

—¿Y?

—El cuadro que encontré no era nada agradable.

—¿Qué quieres decir? —Se incorporó, llevándose una mano a la dolorida cabeza.

—Organizó otra *massacre* como en el piso de Luke.

—¡No!

—Aunque esta vez en colaboración con el esposo de ella.

—¿Qué pasó?

—Pienso que el que imagino esposo de ella los debió sorprender in fraganti.

Resultado: ella y su posible marido estaban apuñalados.

—¿Un hombre de unos cuarenta años, de estatura mediana, poco pelo, bigote finito...?

—Sí.

—Era su esposo, entonces.

—Apenas pude recoger las últimas palabras de ella. Estaba moribunda. Pedía un médico, la pobre...

—¿Y?

—Traté de consolarla, y le pregunté por él, por el tal Brian,

quién era, dónde vivía...

—¿Te lo dijo?

—Sí. Su nombre completo es Brian Horton. Y su dirección, en North 31 st Street, muy cerca de aquí.

—Por eso se trasladaba andando. ¿Qué más?

—Luego, expiró.

—¡Oh!

—Su esposo estaba muerto desde un principio. Ya te digo, una carnicería. Toda la cama era sangre.

—¿Fuiste... fuiste a por él?

—¿A por Brian?

—Claro.

—No.

—¿De verdad?

—Te lo juro. —¿Por qué?

—Mientras bajaba por la escalera de incendios tuve una idea...

—¿Qué idea?

—Verás, no te lo he contado todo... Brian dejó el cuadro de tal manera que bien puede pensarse que se mataron entre tilos. Nadie va a relacionar esas muertes con nosotros.

—Como descubran que yo era un amante de ella...

—¿Era una cosa pública?

—No.

—Entonces no hay tanto peligro. Además, aunque lo descubrieran, no podrían relacionar eso con los atracos...

—Ya.

—Bueno, lo que te quería decir es esto: ella está muerta. Doris ya no podrá hablar. Por tanto, ahora el único escollo es él. Brian Horton.

—No veo ninguna solución por ningún lado. Estamos igual que antes.

—Sabemos su dirección, su nombre...

—¿Y?

—Creo que mi idea es buena para escapar ambos del peligro... y así poder aceptar tu proposición. Lamento el golpe que te di, Peter —le besó en la frente—. Yo también quiero estar contigo para siempre.

—Entonces, adelante con esa idea.

—Tal vez no te guste. Tendrás que...

CAPÍTULO XII

Martes.

10 de la mañana.

Día y hora.

Peter McIntosh sacó su pañuelo y se enjugó las primeras gotas de sudor que perlaban su frente. Luego, atendió con evidente nerviosismo al cliente de turno, pensando en lo que estaría sucediéndole a Elizabeth. ¿Por qué no telefoneaba ya? Brian Horton iba a aparecer de un momento a otro.

No.

Brian Horton ya estaba allí.

Envuelto en la típica gabardina oscura, con gafas de sol y sin maletín. Cada mano la llevaba metida en un bolsillo de la gabardina.

Le miraba fijamente, estudiándole. Y también esperando que quedara libre.

¿Qué ocurría? ¿Por qué tardaba tanto en telefonear Elizabeth?

Los clientes se acabaron. Nadie quedó ante él. Sus dedos tabalearon nerviosamente sobre el mostrador. Las huellas quedaron marcadas nítidamente en él, gracias al sudor. Era el momento.

No se equivocó.

Brian Horton llegó ante él con una sonrisa.

La mano derecha no la sacó para nada, embutida en el bolsillo de la gabardina. Allí debía tener la pistola, el muy canalla. Era fácil adivinarlo.

La mano izquierda sí la sacó, dejando sobre el mostrador un cheque. Y en él casi las mismas palabras que en la anterior ocasión.

Y Elizabeth sin llamar. Le había dado el número de teléfono más cercano a él. Estaba a escasos dos palmos del aparato. ¡Tenía que telefonearle en cuanto lo tuviera todo! Y entonces...

Pero el tiempo lo llevaba en contra.

—Vamos, el dinero —le exigió Brian Horton por lo bajo, mirándole con dureza.

Comenzó a sacar los fajos de billetes con manos ciertamente temblorosas. Procura hacerlo lo más lentamente posible, apurando los minutos, incluso los segundos.

Y el condenado teléfono, aquel teléfono color *beige*, sin sonar.

Brian Horton se echaba los fajos de billetes al bolsillo izquierdo de la gabardina. Debía tratarse de un bolsillo trucado porque tragaba los fajos que daba gusto. Sonreía muy ufano.

Peter McIntosh, en cambio, sudaba ya a chorros. Sus dedos humedecían los billetes. Miraba de reojo, nerviosamente, al teléfono.

Nada. No sonaba.

—¿Ya está? —preguntó Brian Horton, quien vigilaba su entorno constantemente.

—Sí. Es todo —asintió, y nunca lamentó tanto decir eso. Hubiera preferido que aún quedaran más fajos de billetes que entregarle.

—Muy bien —dijo, y dio media vuelta.

¡Se escapaba! ¡Ya decía él que aquel plan resultaba demasiado arriesgado y peligroso!

Con la rabia atenazándole la garganta, Peter McIntosh contempló cómo el atracador se alejaba lentamente, muy tranquilo, hacia la salida.

Y entonces sonó el teléfono.

Lo descolgó como una ñera, sin que apenas su timbre llamara la atención de los compañeros de trabajo, muy atareados en sus cosas, por lo breve que fue.

Oyó a Elizabeth gritar:

—¡Lo tengo todo!

No respondió nada. Colgó. Su diestra empuñó el revólver bajo el mostrador. Brian Horton ya iba a alcanzar la puerta giratoria.

Tomó aire, sacó el revólver y chilló con todas sus tuerzas:

—¡¡Alto, ladrón!!

Brian Horton se revolvió vertiginosamente, el rostro contraído, tirando hacia fuera del brazo armado...

Era lo que Peter McIntosh esperaba.

Apretó el gatillo.

¡Úna!

«Elizabeth fue a la estación Central a por el dinero». ¡Dos!

Elizabeth se situó frente a la casa de Brian Horton, esperando que éste saliera. ¡Tres!

Elizabeth entró en el piso de Brian Horton gracias a su pericia con las ganzúas.

¡Cuatro!

Elizabeth buscó los negativos y la confesión, como cuando ejercía de ladrona.

¡Cinco!

Elizabeth los encontró y colocó en su lugar el dinero del atraco anterior.

¡Seis!

Elizabeth salió a la calle y se metió en una cabina telefónica.

¡Clic!

Peter McIntosh contempló cómo Brian Horton terminaba su trágico baile al son de los disparos, cayendo de bruces, mientras la gente del local gritaba horrorizada. Algunos fajos de billetes escaparon del bolsillo de su gabardina y se mojaron con la sangre que poco a poco iba formando un monumental charco rojo a su alrededor.

EPÍLOGO

Los dos llegaron a casa de él la mar de contentos, tras obtener la licencia matrimonial. Y su alegría se diluyó como por ensalmo al tropezarse casi de narices con el teniente Garfield.

—Vaya, no sabía que tuviera novia —comentó tras las presentaciones.

—Mi vida privada no interesa a nadie, sólo a mí, teniente.

—Claro, claro...

—¿Quería algo en especial?

—He imaginado que desearía saber cómo ha terminado todo, es por ello que me he pasado por aquí...

—Ya.

Los dos jóvenes no pudieran evitar que el nerviosismo les cosquilleara.

—El caso ha sido cerrado —explicó el teniente—. Encontramos el dinero del anterior atraco en casa del hombre que usted mató...

—Su tercer hombre, ¿no, teniente?

—Sí. Y un tipo curioso, después de matar a los otros dos y robarles, repitió la suerte en el mismo sitio y al poco tiempo, ¿no le parece?

—Era una buena idea. ¿Quién iba a esperar un nuevo atraco en el mismo banco y a los pocos días? —argumentó lo mismo que le había oído a Brian Horton por teléfono.

—Sí, tiene razón.

Peter McIntosh forzó una sonrisa.

—Y usted se comportó muy valientemente —agregó, el teniente.

—Lo hice por usted —ensanchó su sonrisa, más seguro de sí mismo—. ... Había que jugar a los héroes para evitar malos pensamientos.

—Malos pensamientos... —repitió como un eco—. Por cierto, me dijo que su novia se llama Elizabeth, ¿verdad?

—Elizabeth Mann —puntualizó rápidamente—. Puede enseñarle su documentación.

—Aunque el caso está cerrado —siguió diciendo el teniente, haciendo caso omiso de las anteriores palabras de Peter McIntosh—, hay una cosa curiosa: la amiguita de los dos asesinados no ha aparecido por ningún lado.

Y así diciendo miró alternativamente a uno y a otro. En su mirada los dos jóvenes creyeron adivinar un grado de secreta diversión.

Peter McIntosh se humedeció los labios con la lengua y dijo al fin:

—Ella debió huir, asustada por el asesinato de sus amigos, temerosa de que le sucediera lo mismo. Estará bien lejos en estos momentos.

—Ésa es su opinión. No está mal —chasqueó la lengua el policía. Luego, de pronto, miró a la joven y preguntó—: ¿Usted qué piensa, señorita Mann?

—Señora McIntosh —rectificó el joven.

—Oh, perdón —se disculpó con una sonrisa el teniente—. Dígame, señora McIntosh...

—Yo... yo no estoy al tanto de este asunto... He... he vivido alejada de él por expreso deseo de Peter...

—Comprendo.

—¿Y cuál es su opinión al respecto? —se atrevió a preguntar el joven.

—Bueno —compuso una mueca el teniente, algo así como un gesto de resignación—. Supongo que sí, que ya estará en otro estado. En fin, no les molesto más. Les deseo muchas felicidades.

Vincent Garfield embutió las manos en los bolsillos de su cazadora y se alejó hacia su coche. Los dos jóvenes le vieron marchar.

—Creo que no le hemos engañado —comentó ella, preocupada.

—Pero es mejor tipo de lo que yo pensaba —repuso él abarcándola por la cintura y desapareciendo los dos por el portal.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] Todo lo relatado en esta breve introducción es verídico. < <